

SA
H
EJA
SA
H

JVDITH

- TRAGEDIA -



MON
LEJA

· POR ·
FRANCISCO VILLAFESPA

COLECCION SANZ CALLEJA

Obras publicadas

A 3,50 volumen:

- La Espuma de Afrodita.
(Novela). *Felipe Sassone.*
- El Pozo de las Pasiones.
(Cuentos).
«El Caballero Audaz».
- La Princesa está triste...
(Dramas y comedias).
Felipe Sassone.
- La Maja de Goya.
(Drama).
Francisco Villaespesa.
- El Miedo de los Felices.
(Dramas y comedias).
Felipe Sassone.
- Carne doliente.
(Cuadros y escenas de
la vida argentina).
Alberto Ghirardo.
- La Canción del Bohemio.
(Poesías). *Felipe Sassone.*
- Lo que sé por mí.
(Interviú con celebri-
dades contemporáneas)
1.ª y 2.ª serie, en 2 vo-
lúmenes.
«El Caballero Audaz».
- En Villabrávia. (Novela).
Fernando Gil Mariscal.
- El Intérprete de Hamlet.
(Dramas y comedias).
Felipe Sassone.
- Desamor. (2.ª edición).
«El Caballero Audaz».
- La nueva literatura.
(Estudios críticos;
1898-1900-1915).
R. Casinos-Assens.

Tomos a 3 pesetas:

- El Breviario de Blanca Emeria.
«El Caballero Audaz».
- De Sociedad.
(Comedias rápidas).
Enrique Alvear.
- La Virgen desnuda.
(Novela).
«El Caballero Audaz».
- Mujeres desnudas.
Juan Gómez Renovalés.

De venta en todas las Librerías

V. H. SANZ CALLEJA

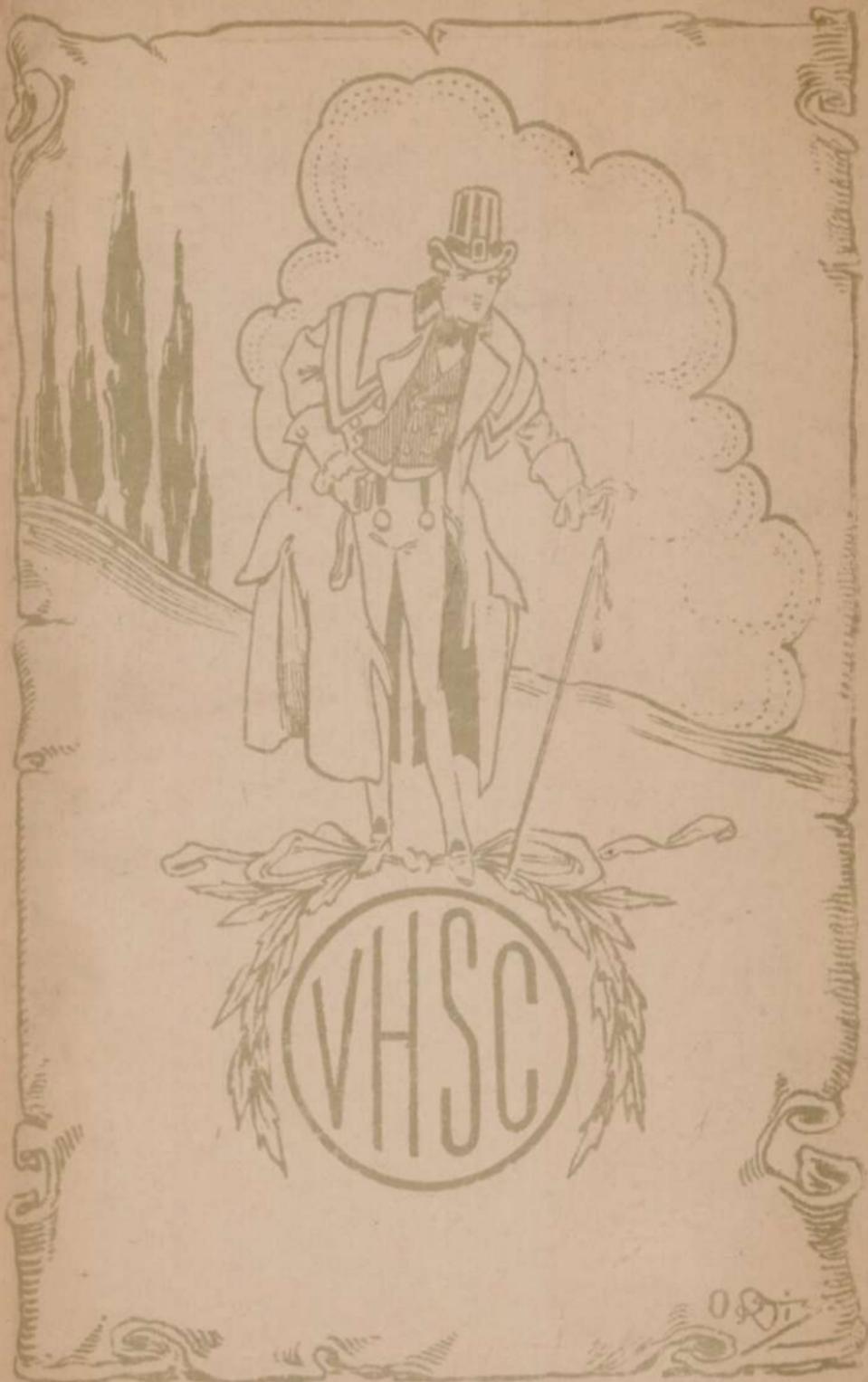
Editores e Impresores

CASA CENTRAL: MONTERA, 31

TALLERES: RONDA DE ATOCHA, 23

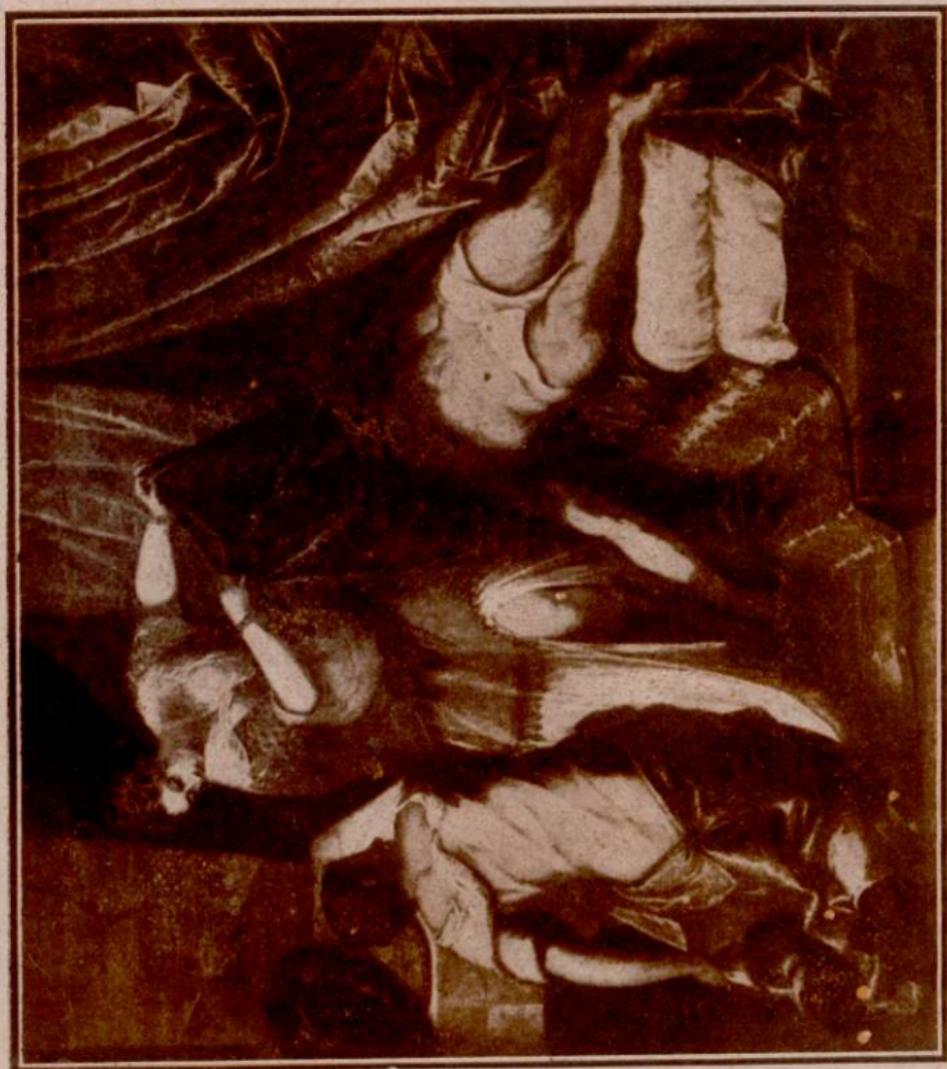
MADRID





700
1
T
568

JUDITH



R. 41.719



1
T
568

FRANCISCO VILLAESPESA

JUDITH

TRAGEDIA BÍBLICA EN TRES

ACTOS Y EN VERSO



M A D R I D

V. H. DE SANZ CALLEJA. — EDITORES

CASA CENTRAL: MONTERA, 31.-TALLERES: R. DE ATOCHA, 23

PERSONAJES

JUDITH, viuda hebrea.

HEGLA, su sierva.

RODOPIS, cortesana griega.

HOLOFERNES, general asirio.

ELIACIN, sumo sacerdote de Israel.

AQUIOR, rey de los ammonitas.

MEGABIZES, soldado ammonita.

HERALDO, asirio.

ASSUR, capitán asirio.

SHARAZER, capitán asirio.

MANASÉS, capitán israelita.

VAGAS, eunuco.

CENTINELA, israelita.

ANCIANO 1.º, israelita.

ANCIANO 2.º, israelita.

UN SOLDADO herido, israelita.

UN COPERRO, asirio.

HOMBRE 1.º, israelita.

HOMBRE 2.º, israelita.

UN CAPITÁN, asirio.

UNA VOZ.

EL CADÁVER DE OZÍAS.

Cortesanos, mujeres israelitas, capitanes,
soldados, gente del pueblo,
turibularios, arpistas.

La acción, en Betulia, y en el campamento de Holofernes.

ACTO PRIMERO

ACTO PRIMERO

Una plaza en Betulia. Al fondo los ciclópeos lienzos de la muralla, y en el centro de ésta, protegida por dos fuertes torreones cuadrículares, una de las puertas de bronce de la ciudad. A la izquierda, en primer término, resplandeciente de mármoles, el atrio del Templo, sostenido por altas y pesadas columnas de granito, al que se asciende por una espaciosa gradería. A la derecha, la fachada de la casa de Judith, y la desembocadura de una amplia vía.

ESCENA PRIMERA

ELIACIN, con sus fastuosos ropajes y su tiara gemada de Sumo Sacerdote, orando en la gradería del templo. ANCIANOS y PUEBLO, orando también al pie de la gradería. TURIBULARIOS en el atrio, agitando rítmicamente sus turibulos de plata sujetos por largas cadenas de oro. MUSICOS acompañando la oración con sus salterios, en el primer tramo de la gradería, y CENTINELAS, inmóviles, como estatuas, en las torres que custodian las puertas, embrazando sus anchos escudos y apoyados en sus largos lanzones. En las corazas y en los cascos centellea la gloria del sol.

ELIACIN

Con los brazos tendidos al cielo,

¡Oye nuestras súplicas, Señor de Israel!

EL PUEBLO

¡Oye nuestras súplicas, Señor de Israel!

ELIACIN

Tú que nos libraste de la servidumbre
de Egipto, de nuevo no dejes caer
tu pueblo en más duras y odiosas cadenas...
¡Que no vuelvan grillos a ceñir sus pies!
¡Tú, que al más soberbio Faraón domaste,
hundiendo en las olas su inmenso poder:
—carros y corceles, soldados y armas,
sepultado todo para siempre fué!—
¡no dejes que sieguen espadas asirias
sedientas de sangre, tu mística mies!...
Liberta a tu pueblo del fiero Holofernes..
¡Protege a tus hijos, Señor de Israel!

EL PUEBLO

¡Protege a tus hijos, Señor de Israel!

ELIACIN

Tú, que en el desierto, de la estéril roca
magnánimo hiciste las aguas correr
para que bebiesen los labios sedientos,
¡haz que nuestros labios no mueran de sed,
pues el enemigo cegó nuestras fuentes,
y en nuestras cisternas no hay ya qué be-

[ber!
¡Tú, que a los hambrientos diste en las are-
[nas

el maná, más dulce que panal de miel,
no dejes que mueran tus hijos de hambre,
pues en nuestros trojes no hay ya qué mo-
[ler!...

Taló el enemigo bosques y sembrados...
¡Ampara a tus siervos, Señor de Israel!

EL PUEBLO

¡Ampara a tus siervos, Señor de Israel!

Resuena un clamor de trompas de guerra. La multitud se levanta estremecida y se dirige tumultuosamente a la puerta del foro. Sólo Eliacin y los Ancianos permanecen orando en la gradería.

EL PUEBLO

Dirigiéndose a las murallas.

Resuenan cercanas trompetas de guerra...
Las huestes regresan... Corramos a ver!..

Al centinela, que se inclina sobre el muro.

Centinela, dinos, ¿qué pasa en el campo?
¿qué nuevas advierten tus ojos en él?

Se hace un profundo silencio. El centinela se vuelve a la multitud, profundamente emocionado.

¿Qué pasa? ¿Qué pasa?...

CENTINELA

Al pueblo.

¡Derrota!...

EL PUEBLO

Despavorido, cubriéndose el rostro con las manos. Los ancianos se mesan las barbas. Las mujeres sollozan. Pequeño silencio. El centinela continúa observando.

¡Derrota!

CENTINELA

Los nuestros, vencidos, huyen en tropel, tirando las armas... Arroja el asirio sus dardos... ¡Son tantos, que el sol no se [ve!

EL PUEBLO

¡Mis hijos! ¡Mi padre! ¡Mi esposo!

Gritando y gesticulando como locos.

CENTINELA

Con un gesto de silencio.

¡Silencio!

ELIACIN Y LOS ANCIANOS

Cayendo de nuevo de rodillas.

¡Ampara a tu pueblo, Señor de Israel!

El centinela vuelve a inclinarse hacia el campo. La multitud permanece inmóvil, aterrada, al pie de las murallas.

CENTINELA

De las altas cimas de Estelión, los nuestros
gritando, descienden a todo correr...
Allá miro a Ozías, la espada en la mano...
Tinto está de sangre su blanco corcel...
Se interpone en medio de los fugitivos,
y hacia los asirios los lanza otra vez...

EL PUEBLO

Sin poder contener su entusiasmo.

¡Victoria, victorial...

CENTINELA

Deshace sus filas...
Su acero la muerte siembra por doquier!..
Duda el enemigo... Se retira... Huye,
Y con más denuedo vuelve a acometer...

Retrocede Ozías, pero se defiende...
 ¡Una fortaleza cada roca es!...
 Saltan, a pedazos, corazas y escudos...
 La sangre a torrentes se mira correr!

La ansiedad del pueblo sigue
 atentamente el relato.

¡Salvóse el ejército, gracias a su arrojo,
 y a nuestras murallas se viene a acoger!...

EL PUEBLO

¡Vamos a su encuentro!... ¡Vamos a su en-
 [cuentro!

Salen por la calle de la dere-
cha.

ELIACIN Y LOS ANCIANOS

¡Protege a tu pueblo, Señor de Israel!...

Mientras el pueblo desfila,
 Eliacin desciende lentamente
 del atrio y se aproxima a los
 ancianos.

ESCENA II

ELIACIN y ANCIANOS, conversando junto a la gradería
del atrio.

ELIACIN

¡Para el valor trocáronse en estériles
las fecundas entrañas israelitas!
¡Si los nobles guerreros cuyos huesos
gloriosos esta tierra fertilizan,
rasgasen sus sudarios y se alzarán
de sus tumbas, al ver la cobardía
de sus nietos, de nuevo, avergonzados,
a sus viejos sepulcros tornarían!...
Les ciegan los deleites de este mundo...
¡Corazones sin fe, almas vacías,
por ahorrarse una gota de su sangre
a la patria y a Dios inmolarían!...

¡Y el Señor, ofendido con su pueblo,
como res indefensa, le castiga
a morir sin piedad, bajo la espada
de las feroces huestes enemigas!

ANCIANO 1.º

Del propio vientre maternal, el niño
nace corrupto ya...

ELIACIN

¡Y hasta las víboras
aman más a la tierra donde brotan
que ellos, a la ciudad que les dió vida!

ANCIANO 2.º

¡Por un puñado de oro, hasta los huesos
de sus propios abuelos venderían!

ELIACIN

Dios en sus corazones nunca ha entrado...
Los vísteis, hace poco, de rodillas,
con sus labios sin fe manchando el suelo,
pidiendo a Dios su protección divina...
En sus bocas tan sólo oraba el pánico
y el temor de sentir la espada asiria
rasgar sus pobres carnes, tan inmundas
que hasta los perros que, al nacer el día,
hozan, hambrientos, en los muladares,
como indigno festín despreciarían!
De Sodoma y Gomorra las infamias
en la vieja Betulia resucitan,
desafiando de Jehovah la cólera...
Mas pronto ¡ay!, de la ciudad maldita
ascenderán las llamas a los cielos
y esparcirán los vientos las cenizas...

ESCENA III

DICHOS y MANASÉS, que entra precipitadamente por la
izquierda.

MANASÉS

¡Eliacin!... ¡Eliacin!... Las huestes lle-
[gan...
¡Si vieras cuánto herido!... El pueblo grita;
se mesa los cabellos, gime y llora;
muerde los labios y los puños crispas...
Alguien habló de paz; y esa palabra,
como si fuese fugitiva chispa,
corre de boca en boca, y se transforma
en compacta y cobarde gritería...
Para tratar la paz, tan sólo esperan
que del campo enemigo torne Ozías...

ELIACIN

¡La infame boca que esa voz pronuncie,
la lepra se la coma!... Maldecida
por Dios será, como la estéril planta
que ni los hombres ni aun las bestias pisan!
¡Oh, Señor de Israel, grande y potente,
Señor de la Venganza y la Justicia,
pon en mi diestra el haz de vivos rayos
con el cual te mostrastes, en la cima
de la montaña, cuando al son del trueno
diste a Moisés las Tablas de la Vida,
para abrasar con él a los traidores
que sus deberes con la patria olvidan!
Yo les diré a esas turbas miserables
que al pensar en la paz a Dios irritan:
—¡Desgarrad mis talares vestiduras!
¡Pisotead esta sagrada insignia
de Sumo Sacerdote!—Y si no logro
matar sus miedos y encender sus iras,
yo sólo iré, con mis noventa años,
a clavarme en las lanzas enemigas!

Sale, seguido de Manasés y
los ancianos, por la calle de la
derecha.

ESCENA IV

JUDITH y HEGLA, que salen de la casa de la derecha.

JUDITH

Hegla, acércate a las puertas
de la ciudad. Ve qué pasa,
pues parece que del campo
alguna nueva es llegada.
Mientras desgarrado el velo
de mi viudez, desgredadas
y cubiertas de ceniza
estas trenzas, en mi cámara
oraba al Señor, pidiéndole
la libertad de mi patria,
algo así como un estruendo

de trompas, trajo una ráfaga
de viento, al hinchar las ricas
cortinas de mi ventana,
espantando a las palomas
que en su alféizar se arrullaban.

HEGLA

También su clamor he oído,
mientras que, con tus esclavas,
para hacer hilas y vendas,
estas manos desgarraban
tantos vestidos de púrpura
y tantos velos de plata,
que una ciudad, con su importe,
como Betulia compraras!

JUDITH

¿Para qué quiero esas ricas
vestiduras y esas galas,
si hoy son polvo bajo tierra
los ojos que se alegraban
al contemplarme con ellas
revestida y ataviada?

Si se apagó en el silencio
infinito de la nada
aquella voz que en mi oído
dulcemente suspiraba:
—¡Qué bien sienta a tu hermosura
esa túnica bordada
de perlas, y esos collares
de zafiros y esmeraldas
que en vez de adornar tu cuello
con tu cuello se engalanan!...
¿Para qué esos atavíos,
si a quien el amor le falta
todo lo demás le sobra,
y hasta las mieles le amargan,
porque llegan a los labios
mezcladas con nuestras lágrimas?...
Ve, y pregunta por Ozías
a los soldados...

HEGLA

¿Le amas?

JUDITH

¿Amarle?... ¡Cállate, Hegla!
No hables de amor... Tal palabra

o se profana en mis labios
o ella a mis labios profana,
que es para el amor mi pecho
como una tumba cerrada!
¿Qué liviandad en mí has visto,
Hegla, cuando así me hablas?
¿Tu mano, acaso, condujo
a algún amante a mi cámara?
¿Al descorrer los tapices,
cuándo encontró tu mirada,
junto al hueco de mis sienes,
otro hueco en mi almohada?...
Sitial que ocupó mi dueño,
tálamo en que reposara,
antes que otro los profane
serán pasto de las llamas...
¡Y lo mismo que con ellos
hiciera yo con mi alma,
si dejase que otro rostro
en su cristal se mirara!...

HEGLA

¡Mas, señora, como a Ozías
estimas tanto, pensaba
que él fuese la primavera
que con su sol y sus auras
cubriese otra vez de rosas
el rosal de tu ventana!

JUDITH

¡Al rosal muerto, no hay brisa
que resucitar le haga!
Es verdad que estimo a Ozías
por su valor. Es su espada
la defensa de mi pueblo,
y si esa espada nos falta,
caerá Betulia con ella,
pues no podrán ampararla
ni los pechos de sus hijos
ni sus altivas murallas!

Proféticamente, con voz misteriosa.

¡Amor!... Para fin más alto
Dios me tiene destinada!
Cuando todo esté perdido
para Betulia, y no haya
ni fe para sostenerla
ni valor para salvarla,
será esta mano tan débil
de mi pueblo la esperanza;
y lo que no consiguieron
sus guerreros con las armas,

habrá de lograrlo una
mujer por su Dios guiada!...
¿Y cómo ha de amar a un hombre
quien ama tanto a su patria?...

Le acomete de pronto una
gran agitación.

HEGLA

Corriendo a ampararla.

¿Qué tienes?

JUDITH

Confidencialmente, con mis-
terio.

Escucha, Hegla.
Inmóvil y arrodillada,
sangrando bajo el cilicio
mi carne, anoche rezaba

en mi alcoba, a los fulgores
mortecinos de la lámpara,
cuando de pronto, en las sombras
miré extinguirse su llama,
cual si el soplo de unos labios
invisibles la apagaran,
y sentí en mis oídos
una voz que murmuraba:
—Tú salvarás a Betulia
cuando no tenga esperanza!...
Calló la voz, y de pronto
volvió a encenderse la lámpara...
¡Para salvar a Betulia
el Señor habló a mi alma!...
¡Y aun a costa de mi vida
te juro que he de salvarla!...

Aparecen Eliacin y Aquior,
ancianos y soldados, por la iz-
quierda.

HEGLA

Imponiendo silencio.

¡Callad!... Eliacin se acerca...
El nos dirá lo que pasa...

ESCENA V

DICHAS, ELIACIN, AQUIOR, ANCIANOS y DOS SOLDADOS, que conducen a Aquior. Penetran todos por la izquierda. Judith y Hegla se les acercan.

ELIACIN

A Aquior.

Asilo encontrarás entre nosotros.
Contigo partiremos como hermanos
el pan, el agua y nuestra dura suerte...
Mas, ¿qué móvil, Aquior, aquí te trajo?

AQUIOR

Escúchame, Eliacin. Oid mujeres,
y vosotros también, nobles ancianos.

Como hambrientas bandadas de langosta
sobre el tierno verdor de los sembrados,
Holofernes cayó sobre nosotros,
y nos marcó su hierro como esclavos,
haciéndonos dejar nuestros hogares
y a servir en sus huestes obligándonos.

A Eliacin.

Ya sabes que estudié de los caldeos
la ciencia oculta y los conjuros mágicos
que descifran los sueños y predicen
el porvenir en los remotos astros..

Pequeña pausa. Todos se
agrupan en torno de Aquior.

Soñó anoche Holofernes. Iba solo
por florido jardín. Sus rudas manos
al pasar, deshojaban los rosales...
De súbito sus ojos contemplaron
una rosa más blanca que la nieve,
cuya belleza excepcional le atrajo.
Tendió la mano... y al tocar la rosa
oculto un áspid le picó en la mano...
Inquieto y temeroso despertóse...
y a interpretar su sueño me llamaron.
Yo le dije:—Señor, esos rosales

que fueron deshojándose a tu paso,
son todas las ciudades que han caído
bajo el bélico empuje de tu brazo;
y Betulia es la rosa donde oculto
áspid te hirió... Dirige tus soldados
hacia otra ciudad, pues mientras quede
en Betulia un espíritu esforzado
que sea a su Dios fiel, jamás en ella
rechinarán las ruedas de tu carro!
Y Holofernes, colérico, me dijo,
cruzando mis mejillas con su látigo:
—¡Oh, vil embaucador, para que veas
el pavor que me infunden tus presagios,
a Betulia te irás, y antes que muera
cinco veces el sol en los espacios,
en su plaza más amplia, ha de arrancarte
la lengua, de raíz, mi propia mano!.....
Sus gentes me trajeron a esos montes
donde a un tronco de encina maniatado,
hace poco, al volver de la refriega,
me hicieron prisionero tus soldados.
¡Y aquí estoy, Eliacin! Aquí me tienes,
rey sin cetro y corona, a ti entregado,
como cautivo recental que aguarda,
tendido el cuello sobre el blanco mármol,
los fatídicos golpes del acero
que ante el ara de Dios han de inmolarlo!
Os dije la verdad, nobles varones...
¡Permita el cielo, si os mintió mi labio,
que a mi presencia, ante mis mismos ojos,
para que sirva a mi dolor de escarnio,

mire morir mis hijos y violadas
a mis mujeres en mi propio tálamo!...

ELIACIN

Tu acento, noble Rey, es el acento
de la sinceridad...

Abrazándole.

Toma mis brazos;
y aquí libre serás, si somos libres,
o con nosotros morirás luchando.

JUDITH

A Aquior.

Mi casa es tuya. Fatigado vienes
y en ella encontrarás paz y descanso...

ELIACIN

Acéptala, Aquior. Otra más noble
no hallarás en Betulia...

ANCIANO 1.º

retiro... Ni más grato

ANCIANO 2.º

Ni mujer más generosa...

ANCIANO 1.º

Su piedad de los pobres es amparo!...

ELIACIN

Más bello que su rostro sólo existe
su corazón! Si todos los soldados

que defienden los muros de Betulia
 tener pudiesen de Judith los ánimos,
 desbaratado el enemigo huiría
 por esos montes, cual tropel de gamos
 que sienten en sus ancas las caricias
 de los agudos dientes de los galgos!

JUDITH

No hacer que se sonrojen mis mejillas
 inmerecidas frases escuchando!

A Aquior, dándole las ma-
 nos.

Mas tu faz de fatiga palidece...
 Cruzarás esta puerta de mis manos,
 y contigo también entre en mi casa
 la bendición de Dios...

Le hace entrar en la casa.

Quedad, ancianos,
 en paz... ¡Que Dios nuestra ciudad am-
 [pare!...

ELIACIN

Bendiciéndola.

¡El dirija también, Judith, tus pasos!

JUDITH

Al entrar, aparte.

(¡El sueño de esta noche acaso pueda este sabio monarca interpretarlo!)

ANCIANO I.º

Señalando a Judith.

¡Qué alma más generosa!...

ANCIANO 2.º

en Betulia!... ¡Otra no existe

ELIACIN

Nosotros ahora vamos
a la puerta de Belma, a ver si Ozías,
vencido o vencedor, torna del campo!

Se van lentamente por la de-
recha.

ESCENA IV

SOLDADO 1.º y SOLDADO 2.º.

SOLDADO 1.º

¿Esa es Judith de Betulia?

SOLDADO 2.º

La misma... ¿No la conoces
en lo humilde de su traje
y en lo altivo de su porte?
En los labios del que sufre
es panal de miel su nombre,

y es la bondad de su alma
para las manos del pobre,
manantial que no se agota
por más que sin diques corre...

SOLDADO 1.º

¿Y es rica?

SOLDADO 2.º

Muy rica. Guarda
en su almazara y sus trojes,
todo el aceite y el trigo
que en Betulia se recogen.
Sus joyas son las más bellas;
sus viñas son las mejores,
y son tantos sus rebaños,
que contarlos no hay quien logre!

SOLDADO 1.º

Y cómo sigue viuda
siendo rica, bella y joven?

SOLDADO 2.º

Porque su virtud supera
a todas sus perfecciones!
Desde que murió su esposo
—ha tres años— a los goces
de la vida renunciando,
en su cámara encerróse,
lo mismo que en un sepulcro...
y en ella las horas corren,
entre ayunos y cilicios,
entre llantos y oraciones.
En vano a sus puertas llaman
los más soberbios varones
de la ciudad... ¡hasta Ozías!...
pues del amor a los golpes,
por más que fuertes resuenen
ni las abre, ni aun responde!

SOLDADO 1.º

Se oye un rumor de pueblo
por la derecha.

¿Pero qué pasa?

Mirando por la esquina.

Las turbas
se aproximan, dando voces...

SOLDADO 2.º

Siempre, después de un combate
iguales gritos se oyen!
Se abrazan a los heridos...
y las cabezas esconden
bajo el manto, sollozando
como mujeres, los hombres...

SOLDADO 1.º

¡Ay, qué va a ser de nosotros,
si el cielo no nos socorre!

Penetran Eliacin y Ancianos,
seguidos de un hombre herido y el pueblo.

ESCENA VIII

DICHOS, ELIACIN, ANCIANOS, PUEBLO, UN HOMBRE
HERIDO, y luego, MANASÉS y EL HERALDO.

ELIACEIN

Cesó la refriega?

EL HOMBRE HERIDO

En las altas cumbres
se defiende Ozías igual que un león.
Sus huestes contienen a los enemigos...
¡A todo el ejército su arrojo salvó!

Si en él, bajo el filo de la espada asiria
 perecieran todos, al pie de Estelión,
 como las espigas en la siega caen
 bajo los certeros golpes de la hoz.
 Y los enemigos hasta esas murallas,
 llegasen bramando, locos de furor,
 lo mismo que un ronco río desbordado
 que rompiendo el dique que lo aprisionó,
 se lanza a los valles y lo arrasa todo
 con la fuerza ciega de una inundación!

EL PUEBLO

¡Viva Ozías!... ¡Viva!...

Resuena una trompa de guerra.

CENTINELA

A Eliacin.

Del campo enemigo
 se acerca un heraldo...

El pueblo grita.

ELIACIN

¡Callaros, por Dios!
¡Abridle las puertas!... Dejadlo que pase...
En nombre de todos voy a hablarle yo!

Manasés y los soldados se acercan a las puertas y las abren. En ellas aparece El Heraldo. La multitud permanece muda. Por la puerta del foro se ven las montañas lejanas, doradas por el sol de la tarde. El Heraldo avanza lentamente, seguido de Manasés y los Soldados, en actitud provocativa, hasta el centro de la escena. La multitud se abre para dejarle paso.

HERALDO

Mirando a un lado y a otro con insolencia. El silencio es profundo.

¡Gentes de Betulia, doblad los cervices,

y con vuestros labios inmundos, besar
la tierra, que pronto será vuestra tumba,
porque os hablo en nombre de mi general,
del noble Holofernes, señor de más pueblos
que astros tiene el cielo y arenas el mar!
Miles de ciudades cayeron al filo
de nuestras espadas. Su carro triunfal,
que arrastran diez reyes, recorre la tierra...
La muerte y la ruina caminan detrás...
Bajo nuestras férreas pisadas el suelo
se seca de espanto... ¿Quién resistirá
el bélico empuje de nuestros soldados?
¡Son tantos, que nadie los puede contar!...
¡Si avanzan, parecen montañas que ruedan!
¡Si gritan, semejan una tempestad!...
¡Gentes de Betulia, en su nombre os brindo
la vida o la muerte, la guerra o la paz!
Si antes de tres días, cual viles esclavos
no os entregáis, todos, a su voluntad,
cual una tormenta de dardos y flechas
caerán sus ejércitos sobre la ciudad!
¡Todo será nuestro! ¡Haciendas y vidas!...
¡De nuestros aceros no esperéis piedad!...
Y vuestras esposas y vuestras doncellas
en vasos de oro vendrán a escanciar
vuestros propios vinos, puestas de rodillas,
en el loco estruendo de la bacanal...
Y después sus labios, sobre nuestros le-
[chos
de amor y lujuria nos embriagarán!...
Vuestra negra sangre correrá a torrentes,

y dioses y templos por tierra caerán;
y cuando los buitres acudan voraces,
al olor de sangre, sobre la ciudad,
en la inmensa pira que lo abraza todo
como mariposas se irán a quemar!...
Si os rendís, cobardes, esclavos seréis...
Si lucháis de nuevo, la muerte esperad,
que así Holofernes castiga a los pueblos
que oponerse intentan a su voluntad...

EL PUEBLO

Amenazante, al Herald. Los
soldados lo contienen.

En la cruz clavemos al Herald! ¡Ahorcad-
[le!
¡Desollado vivo aquí morirá!...
¡Que muera! ¡Que muera!...

ANCIANOS

Al pueblo.

¡Silencio!

EL PUEBLO

¡Quemadle!

El Heraldo permanece en su actitud desafiante.

ANCIANOS

¡Silencio!

MANASÉS

¡Silencio! Eliacin va a hablar!...

Se hace un gran silencio.

ELIACIN

Desde la gradería.

¡Di, siervo a tu dueño, que Betulia nunca

como vil esclava se le rendirá,
mientras haya hierros con que forjar armas
y brazos que puedan con ellas matar!
¡Que humille en el polvo su cerviz idólatra,
antes que fulmine sobre ella Jehovah,
los rayos potentes de sus justas iras,
y jefe y ejércitos destruya a la par!...
¡Márchate a tu campo!... Si vuestros sol-
[dados
son tantos que nadie los puede contar,
si al andar parecen florestas de lanzas
y sus gritos fingen una tempestad,
sobre esas murallas más firmes que montes
su esfuerzo y sus bríos se irán a estrellar,
como en los roquedos de la abrupta playa
se estrellan bramando las furias del mar.
¡Vete y di a tu amo mi respuesta, siervo,
¡y agradece al cielo que libre te vas!

La multitud acoge con un
murmullo de aprobación las
palabras de Eliacin.

EL HERALDO

Sin dejar su actitud provo-
cadora.

¡Por cada cabello que de mí arranquéis
a millares vuestras cabezas caerán!

Disponiéndose a partir.

¡Gentes de Betulia, mi mensaje oísteis!
¡Vuestros miserables cuerpos preparad
para el sacrificio, que antes de tres días
de Betulia sólo ruinas quedarán!

El pueblo, enloquecido, ame-
naza al Herald. Los soldados
y Manasés procuran contenerlo.

EL PUEBLO

¡Muera! ¡Muera!... Echadle una soga al cue-
[llo,
y arrastradle luego por nuestra ciudad!
¡Con un ariete al campo enemigo,
su cabeza trunca, sangrando arrojad!...
¡Como a un perro hambriento, matadlo a
pedradas!...

Los ancianos se interponen.
Eliacin desciende.

ELIACIN

Tendiendo los brazos a la
multitud.

¡Por el santo y puro nombre de Jehovah,
mi voz os conjura, gentes de Betulia!...
Dejadlo que salga...

EL PUEBLO

Sin dejar su actitud.

¡No tened piedad!

HERALDO

En gesto de desafío.

¡Cobardes!

Hay un momento en que parece que van a despedazarlo. Los soldados retroceden. Uno del pueblo coge una piedra. El Heraldo permanece sereno.

ELIACIN

Interponiéndose.

Detente ..

EL PUEBLO

Una mano dispara una piedra, que rebota en el casco del Heraldo. Se disponen a acometerle.

¡Toma, miserable!

ELIACIN

Cubriendo con su cuerpo al
Heraldo.

¡Antes de tocarle, matadme!... Aquí están
mi sagrada insignia y mi débil cuerpo!...
¡Esta insignia y este cuerpo apedrear!

ANCIANOS

Interponiéndose.

¡Detenéos!

El pueblo retrocede.

ELIACIN

A los soldados.

¡Soldados, guardad al Heraldo!
Yo mismo su vida voy a custodiar.
¡Y si algún cobarde quiere herirle, antes
sobre este cadáver tendrá que pasar!...

Se dirige a la puerta del foro,
siguiendo al Heraldo. Tras él
caminan los soldados, Manasés
y algunos ancianos.

EL PUEBLO

¡Dejadlo, dejadlo!... Salgamos al campo
de Belma... Salgamos la hueste a esperar...
¡Va a llegar Ozías... ¡Vamos a su encuentro,
que es su firme brazo nuestra libertad!...

Sale el pueblo por la derecha.

ANCIANOS

Al salir, trabajosamente, apo-
yados en sus báculos.

¡Ampara a tu pueblo, Dios de los ejércitos!
¡Libra de enemigos a nuestra ciudad!

La escena permanece sola un instante. Por la puerta del foro, abierta, se ve el campo. Aparece Judith. Viene envuelta en un manto de púrpura, la cabeza ceñida por una diadema deslumbrante de pedrerías. La siguen Aquior y Hegla, que lleva en las manos un espejo de plata y un rico cofre con velos y joyas.

ESCENA IX

JUDITH, AQUIOR y HEGLA.

AQUIOR

Persiste en partir?

JUDITH

Señor, ¿no has visto
la angustiosa tristeza de mi pueblo?
Esas madres famélicas que pasan
sollozando y mesándose el cabello,
sin dar savia a sus hijos, porque el hombre

ha cegado la fuente de sus senos.
Esas pobres viudas que sollozan
cubiertas de ceniza, como espectros,
acurrucadas sobre los umbrales,
el rigor de su suerte maldiciendo.
Tanto herido que espera revolcándose
de dolor, en su sangre, sobre el suelo,
sin que mano piadosa acerque el agua
hasta sus labios por la fiebre secos.
Huérfanos que pululan por las plazas
como perros sin dueño...
Tanta casa vacía y, por las calles
púdrese, insepultos, nuestros muertos...
Secas están las fuentes y agotados
los víveres. Luchando, sucumbieron
los más valientes... En Betulia sólo
quedan mujeres, débiles enfermos,
niños y ancianos, brazos que no pueden
ni alzar las hondas ni esgrimir los hierros...
¿Cómo va a resistir el enemigo?
Entrarán al asalto sus ejércitos,
y aun en la poca sangre que nos queda
saciarán el furor de sus aceros...
¡Señor, Señor, dale a mi débil brazo
el vigor de los robles y el certero
herir del rayo, para que él liberte
de pesadas cadenas a tu pueblo!



AQUIOR

¡Calma, mujer! Refrena tu impaciencia;
templa tu voluntad como el acero,
para que puedas realizar triunfante
el alto fin que te destina el cielo!
Mas ¿sabes dónde vas?

JUDITH

Donde me guía
la mano del Señor. Desde hace tiempo
a todas horas, en mis oraciones,
la voz de Dios decíame en secreto:
—¡Parte al campo enemigo, Judith, parte,
que en él conseguirás librar tu pueblo!...
Tú me has dicho, Aquior, que esa voz santa
seguir, sin treguas ni temores debo...

AQUIOR

Mas ¿qué piensas hacer?

JUDITH

No pienso nada...
Cumplir la orden divina... Y si perezco,
¿qué importa que yo muera, si mi sangre
puede salvar la vida de mi pueblo?...

Dirigiéndose al cielo.

¡Señor, Señor, yo soy tu pobre sierva,
y tus santos mandatos obedezco!...

AQUIOR

Yo no quiero enfriar tus entusiasmos
con mi experiencia. Prosigue el sendero
que Dios te marca, porque estoy seguro
que tornarás triunfante de tu empeño...
Para el poder de Dios todo es posible...
¿Quién sacó de la nada el mar, los cielos
y la tierra? ¿quién tantas maravillas
creó con sólo un soplo de su aliento?
¿cómo no podrá hacer, si así lo quiere

que se convierta en realidad tu sueño,
y al gavián destroce la paloma
y devore a los lobos el cordero?
Parte al campo enemigo; y por si acaso
en alguna ocasión, como me temo,
necesitas un brazo que te ampare,
toma este anillo que ciñó mi dedo,
pregunta por Oreb, mi pobre hermano,
y a él, sin temores, en mi nombre muéstra-
[lo...

JUDITH

A Aquilor.

¡Gracias, gracias, Señor!

A Hegla.

Tráeme mis joyas;
las más hermosas; los más ricos velos;
todo cuanto realce mi hermosura...
Porque soy bella aun... Dame ese espejo!

Toma el espejo y se contem-
pla en él, admirada de su pro-
pia belleza,

Hace ya tantos años que no he visto en él mi rostro, que al mirarme siento la curiosa emoción que siente el niño, mezcla alegre de orgullo y de respeto, al ver por vez primera en un estanque reflejado el milagro de su cuerpo!

Recreándose en su contemplación.

Aún fulguran ardientes mis pupilas como si fuesen dos diamantes negros; aún son bellas y puras mis facciones, y largos y ondulados mis cabellos, y aún florece en la rosa de mis labios la tentación fragante de los besos...
Cíñeme mis pulseras; mis ajorcas; ajusta a mi tiara el largo velo; agobia de sortijas estas manos y carga de collares este cuello, blanco y suave como el de las tórtolas que se arrullan de amor en los viñedos...

Hegla cumple las indicaciones de Judith. Se oye a lo lejos el griterío de las turbas.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ELIACIN, MANASÉS, ANCIANOS, SOLDADOS y PUEBLO. El pueblo invade tumultuosamente la escena, dando pruebas de un gran dolor. Las mujeres se mesan los cabellos, los hombres se desgarran los mantos. Por la puerta del lado izquierdo aparece el cortejo fúnebre. Delante, Eliacin y los Ancianos. Después, el cadáver de Ozías, conducido por cuatro capitanes, sobre el broquel. Detrás, soldados. La gente se agrupa en torno del cadáver.

EL PUEBLO

—¡Cayó muerto Ozías!... ¡Cayó muerto
[Ozías!...
¡Nuestras esperanzas murieron con él!
—Señor, ¿quién ahora salvará a tu pueblo?
¿qué brazo robusto nos va a defender?
¡Miradle, allá viene!... Cuatro capitanes
portan el cadáver sobre su broquel!
Aún empuña el hierro su mano crispada,

como si aún quisiera defendernos... Ved;
tiene siete heridas sangrando en el pecho
y lleva tres flechas clavadas también!

SOLDADOS

Separando la multitud.

¡Paso!... ¡Paso!... ¡Paso!...

Conducen lentamente el cadáver hasta la gradería. El pueblo lo contempla con dolor y respeto.

PUEBLO

¡Cayó muerto Ozías!

Tendiendo los brazos al cielo.

Sin él, de Betulia, Señor, ¿qué va a ser?

ELIACIN

Al pie de la gradería, a los
capitanes.

¡El cuerpo del héroe que cayó luchando
por salvar la patria, a Dios ofrecer!
¡Subidle hasta el atrio... A los pies del ara
santa, capitanes, sus restos tended!

Los capitanes suben e cadá-
ver. La gente solloza.

¡Que flote el incienso!... ¡Que giman las
[arpas,
y a su son, doncellas, los velos romped,
y llorad, que ha muerto nuestro único
[apoyo...
¡Cayó el valeroso león de Israel!

Las arpistas pulsan las ar-
pas. Los turibularios agitan los
incensarios. Las mujeres ras-
gan, llorando, sus velos y los
arrojan en la gradería.

¡Vosotros, soldados, jurad que a los cintos los nobles aceros jamás volveréis, mientras en la sangre de los enemigos la muerte del héroe vengada no esté!

Los soldados permanecen inmóviles, abatidos. Se hace un silencio profundo. Judith, apoyada en el hombro de Aquior, contempla, emocionada, la escena en el umbral de su casa.

EL PUEBLO

¡Que cese la guerra!... ¡La paz deseamos!

Se forma un tumulto. Algunos soldados tiran sus escudos.

UN HOMBRE

Adelantándose a Eliacin.

Eliacin, ¿lo oyes?... ¿Para qué emprender

de nuevo la guerra, si de hambre y de fiebre los brazos no pueden las armas tener?...

OTRO HOMBRE

Idem.

¡Si cayeron tantos que pudieran juntos formar una nueva torre de Babel!

HOMBRE 1.º

¡No tenemos casa para tanto herido!
En nuestros molinos no hay ya que moler...

HOMBRE 2.º

¡Cegó el enemigo fuentes y acueductos...
y Betulia entera se muere de sed!

La muchedumbre asiente gritando y estrechando el círculo en torno de Eliacin y los Ancianos.

ELIACIN

Con energía.

¡Si el hambre os acosa, morded vuestros
[puños;
si la sed os quema los labios, bebed
vuestra propia sangre, antes que delante
de estos nobles restos, de la paz habléis!

HOMBRE 1.º

No tenemos hierro con que forjar armas...

ELIACIN

Las tiene el asirio. Por ellas corred...

ANCIANOS

Al pueblo, señalando el cadáver.

¡Vengamos a Ozías!... ¡Vengad esta sangre!
[gre!...

EL PUEBLO

Sin fuerzas ni armas, ¿qué vamos a hacer?

El pueblo grita y gime desesperadamente.

JUDITH

Mostrándose al pueblo, fulgurante de belleza en la fastuosidad de su atavío, toda envuelta en su manto de púrpura, como bañada en su propia sangre. La tarde empieza a declinar.

¡Por el santo nombre del Señor, silencio!..
¡Gentes de Betulia, mi voz atender!...

Desciende hasta el centro de
la escena.

EL PUEBLO

Imponiendo silencio y ro-
deándola.

¡Silencio, silencio, que Judith lo ordena!..
Ella es nuestra gloria! ¡Nuestro amparo
[es!...

Se hace el silencio.

JUDITH

Solemnemente.

¡En Dios confiemos!... Es verdad que Ozías
allá yace muerto sobre su broquel...

JUDITH

Proféticamente.

Gentes de Betulia,
 en vez de cobardes, la paz pretended,
 doblad las rodillas en la dura tierra
 y al Señor de nuevo los brazos tended,
 pidiendo que nunca nos niegue su amparo.
 ¡El ha de salvarnos si tenemos fe!
 ¡Lo que no pudieron conseguir los hombres
 por su Dios guiada, lo hará una mujer!

Asciende por la gradería. La
 multitud, atónita, se va arrodil-
 lando.

ANCIANOS

A Judith.

¿Qué intentas? ¿Qué intentas?

JUDITH

Al pueblo, cerca del atrio.

De rodillas todos!

Al campo enemigo me marchó... La fe
me muestra el camino... Si antes de tres
[días
no sois libres todos, la paz acoged!...
Esperad tres soles... Orad por mi suerte,
¡y al Señor pedidle que amparo me dé!...

Se arrodilla en el último tra-
mo y coloca sus manos sobre el
cadáver.

¡Que yo, por la sangre caliente del héroe,
en el santo nombre del Dios de Israel,
por su gloria os juro, puesta de rodillas,
que antes de tres días, ya libres seréis!

ELIACIN

Alzando los ojos al cielo. Después se vuelve a Judith.

¡Señor, no nos dejes de tu mano!
Dime
 en el campamento, ¿qué intentas hacer?

JUDITH

Empezando a descender la gradería.

Yo... nada sé... Cumpló de Dios los desig-
[nios...
 ¡Vosotros, piadosos, cumplidlos también!
 ¡Y cuando en el campo contrario, una an-
[torcha
 entre las tinieblas contempléis arder,
 gritando de júbilo, a Dios dadle gracias,
 porque del asirio ya libres seréis!

A Eliacin.

¡Bendigan mi frente, Eliacin, tus manos!..

Eliacin coloca las dos manos
sobre su frente.

¡La sangre de Ozías yo la vengaré!

Se aleja, seguida de Hegla,
entre la multitud arrodillada.

¡Adiós, pueblo mío!...

Volviendo el rostro al trasponer
la puerta.

ELIACIN

Arrodillada, en la gradería.

Oremos, oremos...

Resuenan las arpas y ondean
los incensarios.

¡Protege a tu sierva, Señor de Israel!

Judith, con el último rayo de
sol, desaparece por la puerta del
foro.

EL PUEBLO

¡Protege a tu sierva, Señor de Israel!

Todos inclinan la cabeza.
Hasta los centinelas, en los to-
rreones, oran también.

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

La tienda de Holofernes, sostenida por cuatro pilares de bronce, que semejan troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, sedas multicolores y fabulosos tapices de escenas bárbaras de guerra y caza. En algunos de ellos se ven los espantosos suplicios a que los asirios sometían a sus prisioneros. En otros, un cortejo real. Batallas. En una, la imagen de Gildames, estrangulando un león. Al fondo de la escena, una enorme y pesada cortina de púrpura, franjeada de oro. A la izquierda, en primer término, el trono, sostenido por dos toros alados, bajo un dosel de seda roja. A la derecha, la entrada de la tienda, oculta por una cortina de púrpura. En la penumbra centellean los reflejos acerados de las armas y de los arneses. Una amplia alcatifa cubre el pavimento. En los cuatro ángulos de la tienda, cuatro lámparas de oro, y una enorme de tres brazos, en el centro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

HOLOFERNES, RODOPIS. UN COPERO, CORTESANAS y ESCLAVAS. Holofernes descansa, apoyado sobre un codo, en un lecho de púrpura, al lado del trono. Cerca de él, puesto de rodillas, un copero le escancia el vino. Dos esclavas con ánforas de oro, arrodilladas también junto al copero. En el centro de la escena, dos cortesanas tañen arpas y laúdes. Bajo la luz de la lámpara, Rodopis canta.

RODOPIS

Cantando.

Amor es niño travieso
que juega con su dolor...
Se adormece con un beso...
¡Duérmete en mi boca, amor!...

HOLOFERNES

A las cortesanas.

¡Que cesen las músicas!... ¡Escancia más
[vino!

Al copero. El copero escancia el vino en una copa de oro. Holofernes bebe un trago y se vuelve a las cortesanas.

Vuestros cantos sólo pueden alegrar
a las cortesanas viejas, que su lino
hilan a la roja lumbre del hogar!...
¡Entretenimiento de los indolentes,
afeminaciones de todo festín!...
¡Para los valientes
mejor que las arpas, resuena el clarín!
Oyéndole, el héroe su broquel embraza,
y el corcel relincha... ¡Tan sólo a su son,
bajo la coraza,
estalla de orgullo nuestro corazón!

RODOPIS

Acercándose a Holofernes.

Mi señor ¿qué tienes? Si nuestras canciones
no son de tu agrado, podemos danzar...
¡Que la danza aleje tus preocupaciones,
y alegren sus giros tu adusto mirar!

Se disponen a danzar.

HOLOFERNES

¡Que encienda a los viejos, lasciva, la dan-
[za!...
¡Mis ojos tan sólo se alegran, al ver,
a un bote de lanza,
bajo mi caballo, mi rival caer!
¡Sintiendo en la alfombra saltar vuestras
[piernas,
me aburro y bostezo de desilusión,

como en sus cavernas
ahíto de carne, bosteza el león!

Apura la copa y se la entrega
al copero.

RODOPIS

Arrodillándose, cerca del le-
cho.

¡Si el canto y la danza te causan agravios,
para tus caprichos, aquí están, señor,
mis brazos, mis labios,
mis ojos de llamas y mi seno en flor!
Pide lo que quieras! Cuanto tengo es tuyo!
Mas déjame al menos tus plantas besar,
pues será mi orgullo
a tus pies, besándote, de amor expirar!...

HOLOFERNES

¡No calmas las bascas de mi aburrimien-
[tol

Amor, rosa fresca del camino es...
Se aspira un momento,
y al ire, marchita, se arroja después!
Y otra rosa... y otra... Mas todas iguales...
El mismo perfume nos viene a embriagar.
¡En vez de rosales,
me gusta cabezas humanas segar!
Para el débil, fiestas, y para el guerrero
los potros, las lanzas y el aureo jaez...

Al copero.

¡De vino, copero,
mi copa, hasta el borde, lléname otra vez!

El copero vuelve a escanciar
el vino y le entrega la copa.

RODOPIS

Insinuante.

Florece las rosas... Es la primavera...
El león sus hembras persigue... El amor,

de amor estremece la creación entera...
¿por qué tu leona no buscas, señor?

HOLOFERNES

Amor aprisiona con frases melosas;
Amor, aunque dulce, cautiverio es...
¡Podrán ser de hierros, más nunca de rosas
serán las cadenas que opriman mis pies!
¡Más vino, copero! Amor embaraza;
agota el vigor...
¡Con menos trabajo que aquesta coraza,
del cuerpo y del alma me arranco el amor!

RODOPIS

¡Pero amor no huye. Es niño travieso
que adora el peligro... Mariposa loca
que vuela, sabiendo que muere en un beso,
a besar las vivas llamas de tu boca!

La besa.

HOLOFERNES

Apartándola despectivamente.

Aparta tus labios. Su contacto es frío
como el de un reptil...
Siempre el mismo beso nos produce hastío.
¡Deja que el león duerma solo en su cubil!
Sueña con su presa...
Ruje... Nunca intentes su sueño turbar!..
¡Su boca devora todo cuanto besa
y sus garras, matan al acariciar!

RODOPIS

Aproximándose de nuevo.

¡Si tus garras matan, aquí está desnudo
mi seno de nieve... ¡Qué mayor placer,
que como el guerrero que muere en su es-
[cudo,
presa entre tus brazos de amor perecer!

HOLOFERNES

¡Escancia más vino! Inventad, mujeres
caricias que puedan mis fiebres saciar!
o nuevos dolores, o nuevos placeres...
¡Algo que me abraze y me hiele al par!

Mirando a Rodopis, mientras
bebe.

¡Tus brazos ebúrneos, tus hombros tan
que a su lado negro los armiños son; [blancos,
tus turgentes senos, tus mórbidos flancos,
a mis rudos ojos dan la sensación,
de esas esculturas que de las riberas
floridas de Grecia, hasta la amplitud
de nuestras ciudades traen nuestras gale-
[ras
para que afeminen a la juventud!
Eres sólo mármol; y me maravillo,
mirando tu cuerpo labrado a cincel,
como no levanta mi mano un martillo
y ruda no abate tu torso con él,
hasta que deshecho por mis martillazos
tus miembros de piedra sintiese temblar,

y al suelo saltasen, rotos a pedazos,
igual que una estatua que cae de un altar.
¡Déjame tranquilo... ¡no me hables de amo-
[res!...
¿Mas cuándo ha podido soñar tu ambición,
prendida por una cadena de flores,
llevar de tus manos, sujeto un león?

La rechaza con violencia. Las
cortesanas se refugian en un án-
gulo, temerosas de Holofernes

ESCENA II

DICHOS, EL HERALDO, VAGAO, CAPITAN 1.º, IDEM 2.º
y CAPITANES.

VAGAO

Asomándose a la puerta.

¡Señor, de Betulia regresa el Heraldo
y tus capitanes se acercan con él!

HOLOFERNES

¡Déjalos que entren!

HERALDO

Entrando y arrodillándose
ante Holofernes.

¡Señor!

HOLOFERNES

Impaciente.

¿Qué respuesta dieron? ¡Habla pronto!

HERALDO

¡Os relataré!

HOLOFERNES

¡Basta de relatos!... ¿La paz o la guerra?

HERALDO

La guerra prefieren...

HOLOFERNES

¡Perros de Israel!

HERALDO

Al pueblo reunido junto al viejo templo
de sus falsos dioses, en tu nombre hablé;
y me amenazaron sus manos crispadas,
y más de una piedra rebotó en mi arnés...

HOLOFERNES

Alzándose violentamente.

¡Puesto que lo quieren, ni aun los animales quedarán con vida!... Haré demoler murallas y templos... Arderán sus casas, y luego sus campos de sal sembraré. Sobre sus escombros, para que el viajero por siempre recuerde mi inmenso poder, a cincel tallado, con letras de oro, un pilar de dura piedra erigiré, que diga a los siglos:—Esta fué Betulia... A Holofernes quiso desobedecer... Tuvo templos, torres, miles de habitantes.. y hoy tan solo ruinas y sepulcros es!

Volviéndose a los capitanes.

¡Basta, capitanes, de ocios vergonzosos; a vuestros soldados, presto disponed para la contienda, que mañana mismo a la lid de nuevo os conduciré!
¿No os causa vergüenza que tan gran ejér- ante esas murallas detenido esté, [cito

y frente a un puñado de hombres, retroce-
soldados que nadie vió retroceder?... [dan

CAPITÁN 1.º

¡Vamos al asalto!... Si tú nos conduces,
¿qué brazo a tu brazo se puede oponer?

CAPITÁN 2.º

¡Aunque de Betulia fuesen las murallas
más altas y firmes que el monte de Oreb,
y las defendieran más hombres que arenas
el simoum arrastra, la verás caer,
si tú nos conduces mañana al asalto,
igual que una esclava rendida a tus pies!

HERALDO

¿Qué peto resiste tus golpes de lanza?
¿Qué poder iguala tu inmenso poder?

HOLOFERNES

El amor y el fuego gangrenan las tropas...
¡Mas juro que ahora remedio pondré!...

A las cortesanas, que tiem-
blan en un ángulo.

¡Viles cortesanas, que a mis propios brazos
con vuestros hechizos la fuerza quitáis,
salid de mi tienda, y si mis pupilas
en ella a miraros llegan otra vez,
haré que os azoten hasta que la sangre
en chorros de púrpura bañe vuestra piel,
o ese cuerpo inmundo sujeto a la cola
de cuatro caballos descuartizaré!...

Salen medrosamente las cor-
tesanas.

¡El león despierta! ¡Temblad, betulianos,
que mañana mismo su rugido oiréis!

A Vagao y a los esclavos.

¡Traedme mi casco de oro! ¡Ceñidme
la espada más ancha y el más fuerte arnés!

Los esclavos le ciñen la co-
raza, la espada y le dan el casco.

¡Escanciad, coperos, vino para todos!...
Las frágiles copas de plata romped...

El copero se prepara a es-
canciar.

¡El guerrero, el vino lo bebe en su casco!...
¡el vaso más digno de sus labios es!...

El copero escancia el vino en
los cascos.

¡Brindad por la guerra! ¡brindad por la san-
[gre
que en Betulia vamos mañana a verter!

Todos los capitanes alzan sus
cascos llenos de vino.

CAPITÁN I.º

¡Por ti brindaremos!

HERALDO

¡Porque pronto mires,
señor, a Betulia, rendida a tus pies!

Salen Holofernes y los capi-
tanes.

ESCENA III

VAGAO y EL COPERÓ, viendo salir a Holofernes con su séquito de capitanes.

COPERÓ

¡Cómo se marcha, Vagao!...
Jamás le vi tan colérico...
Sus ojos arden de ira...

VAGAO

Razón tiene para ello,
porque es baldón y vergüenza
de cuantos ciñen acero,

que unas murallas tan débiles
detengan tan gran ejército!...

COPERO

En diez años de combates,
en los que fueron cayendo
al pie de nuestros corceles,
tribus, ciudades y reinos,
no hubo pueblo que tuviera
la arrogancia de ese pueblo,
que hace ya más de tres lunas,
que al amparo de esos cerros
y sus débiles murallas
paraliza nuestro esfuerzo!...

VAGAO

Siempre son más peligrosos
y dañan más al guerrero,
que el enemigo de fuera,
los enemigos de dentro!
¡La indisciplina, el desorden
y los vicios, son los nuestros!
El juego, el amor y el vino

hacen en el campamento
más estragos que la peste...
Son de Betulia el refuerzo,
pues sin ellos, estaría
en nuestro poder, ha tiempo,
y ni aun cenizas quedarán
de esos muros tan soberbios!...

COPERO

Bajando la voz, con misterio.

Además, entre las tropas
cunden la traición y el miedo;
y a veces basta una chispa
para causar un incendio.
Castigó a Aquior Holofernes
justamente, pero temo
que como el Rey ammonita
tiene súbditos y deudos
entre nosotros, se trame
algún complot en silencio...

Bajando aún más la voz.

Se dice que Oreb, su hermano,
se prepara...

VAGAO

¡No le arriendo
la ganancia!... Como llegue
Holofernes a saberlo,
tendrá Oreb menos seguro
sobre los hombros el cuello,
que si estuviera en el aire
suspendido de un cabello!...
Además, Oreb ¿qué gana?
Si su hermano Aquior ha muerto
descuartizado en Betulia,
con la ayuda de los nuestros
podrá aspirar a ceñirse
la corona de su reino!...

Resuena un clamor de trompas
de guerra.

COPERO

Escuchando.

¿Oyes?... Resuenan las trompas...
¿Qué ocurre?

VAGAO

Vamos a verlo..
Tal vez congregate Holofernes,
para ultimar sus proyectos,
a todos los valerosos
capitanes de su ejército...
Vámonos...

Se dispone a partir.

COPERO

Viendo dos copas llenas que
han quedado cerca del trono.

¡Bebamos antes!

VAGAO

Tomando una copa y be-
biendo.

¡A tu salud!

COPERO

¡Por ti bebo!

Apurando la otra copa. Salen por la entrada que habrá cerca del trono.

ESCENA IV

JUDITH Y HEGLA, encubiertas, y MEGABIZES.

MEGABIZES

¡En mal hora llegáis al campamento!
No medraréis en él, porque Holofernes
—según he oído murmurar—acaba
de echar de su recinto a las mujeres
de vuestro oficio, y las que aquí, mañana
por interés o por olvido queden,
serán ahorcadas de esos viejos sauces
que bañan su ramaje en la corriente...
Y como así suceda, y de las ramas,
como espantajos, vuestros cuerpos cuel-
[guen,

qué buen festín van a tener los buitres!...
Muchos habrá que envidiarán su suerte!...

JUDITH

¿Qué has encontrado en mí, para que, osa-
[do,
tu impúdico mirar me confundiese
con esas meretrices que a la sombra
de un bardal, o a la orilla de una fuente,
al caminante por un velo nuevo
y un puñado de dátiles, se venden?
¡Mírame bien!

Descorriendo el velo.

MEGABIZES

¡Cuanto mejor te miro,
más incitante y bella me pareces!
Jamás he visto rostro como el tuyo,
ni talle más gentil!... Si no estuviese
aquí, en la tienda de Holofernes... Vamos,

que sería capaz, por poseerte,
de vaciar en tus manos esta bolsa,

Saca una bolsa de cuero llena
de oro.

aunque después que mendigar tuviese
de senda en senda, como esos mutilados
que al resonar los claros cascabeles
de alguna caravana, aullando salen,
y mostrando las rojas hediondecas
de sus llagas, la mano, al pasajero
bajo sus mantos haraposos tienden...

Se aproxima a Judith.

JUDITH

Rechazándole con un gesto.

¡Apártate de mí, perro sarnoso!
Sella tus torpes labios insolentes!...

MEGABIZES

¿Porque soy un soldado me desprecias?
¿Porque mi casco en el airón no tiene
gallardas plumas, ni mi alfanje joyas,
ni es de plata mi rudo coselete;
porque no visto púrpura ni seda
yacer conmigo en un bardal no quieres?
¿Soy un viejo leproso?... ¿Un etíope?...
¿Que es falso el oro de mi bolsa crees?...
Súspendela en tus manos... Toma y mira,
y podrás por ti misma convencerte!...

Le entrega la bolsa. Judith
retrocede.

JUDITH

Mucho más que tus frases injuriosas,
la villanía de tu acción me ofende!...

Le tira la bolsa.

El oro que a mis manos dan tus manos,
mi desprecio a la cara te devuelve!

MEGABIZES

Recogiendo la bolsa y haciendo un esfuerzo para contenerse.

¡Si aquí no te encontrases, buena pieza,
ya sabría domar tus altiveces! ..

Se le vuelve a acercar.

Vamos, refrena un poco tu soberbia,
¡que ciudades más altas y más fuertes
asaltó mi valor!... Sé razonable...

Retrocede Judith al ver avanzar al soldado.

JUDITH

Retrocediendo hasta la pared del trono.

Si a dar un paso junto a mí te atreves,
auxilio pediré, o en tu garganta
hundiré este puñal, si nadie viene!

Coge un puñal de un trofeo.

MEGABIZES

Retrocediendo ante la amenaza.

¡Basta, basta, mujer! No quiero riñas...
¡No me gusta reñir con las mujeres!
En la tienda te dejo... y ya lo sabes:
a tu disposición mi bolsa tienes...

Que aquí te condujera Oreb me dijo...
Ya cumplí su mandato...

Va a irse.

JUDITH

Llamándole.

¡Ven!

MEGABIZES

Volviéndose.

¿Qué quieres?

JUDITH

Ansiosa.

El hermano de Aquior, ¿tú le conoces?

MEGABIZES

¡Cómo no conocerle, si es mi jefe!...
Capitán más gentil no ciñe espada,
ni cabalga guerrero más valiente...
¿Le conoces también?

JUDITH

No le conozco,
¡pero quiero al instante conocerle!

MEGABIZES

Con ruda ironía.

¡El tendrá más fortuna que yo tuve!

JUDITH

Descubriéndose y mostrando
un brazaletes.

¿Ves, soldado, este rico brazaletes?

MEGABIZES

Admirado, contemplándola.

¡Si llevas en tu cuerpo más tesoros
que acumulados en sus arcas tiene
Nabucodonosor en Babilonia!

JUDITH

Pues bien, tuyo será, si me prometes decirle que Aquior...

MEGABIZES

Con ansiedad y misterio.

¡Hablad más bajo,
que peligrar nuestras cabezas pueden!
¿Has visto a mi señor? ¿Aun vive?... Ha-
[bla...

JUDITH

Mostrándole el anillo de
Aquior.

¿Conoces este anillo?

MEGABIZES

Admirado.

Lo vi siempre
en sus dedos... ¡Oh, deja que la mano

Cae de rodillas y le besa las
manos.

que ahora lo lleva, arrodillado, bese!
Aún vive?

JUDITH

Y vivirá, si tú me ayudas...

MEGABIZES

Alzándose.

¡Fiel seré a mi señor hasta la muerte!

Y si todos sus siervos y soldados pensasen como yo, vería el jefe del ejército asirio cómo vengan los nobles anmonitas a sus reyes! —¡Cobardes y cobardes!— Yo diría al general.—Si tú no nos devuelves nuestro señor, alzamos las banderas en contra tuya! En vano Oreb se enciende de rencor y de rabia, llora y gime, y de ira y de furor los puños muerde... Todos dicen que aguarde!...

JUDITH

Ansiosa, en voz baja.

Escucha..., escucha...
De parte de su hermano marcha a verle;
di que viste este anillo, y confiada
vengo a su brazo... Porque no sospechen,
que me siga en la sombra vigilante,
y que en ella mis órdenes espere...
Tú podrás avisarme cuanto ocurra...
¡Yo te juro, si el cielo me protege,
salvar la vida de Aquior..., vengarle!...

MEGABIZES

Saliendo.

¡Cuando cumpla tu encargo, aquí me tie-
[nes!

ESCENA V

JUDITH y HEGLA

JUDITH

Desfallecida.

Esclava, estoy temblando... Tengo miedo.

HEGLA

¿De qué, señora, di?...

JUDITH

De todo cuanto
me cerca. De mí misma... Me da espanto
mi propia voz... Y en mi camino cedo
sin fuerza, sin valor, de tal manera,
que si al correrse la tapicería,
Holofernes ahora, apareciera,
de miedo ante sus pies me moriría...

Tendiendo los brazos al cielo.

¡Ampárame, Señor, no me abandones!
Sostén mis fuerzas y mis pasos vela...
¡No dejes que perezca tu gacela
en esta madriguera de leones!

HEGLA

No hay remedio. Procura serenarte...
Ten, Judith, confianza en tu destino...
Si el mismo Dios te señaló el camino,
¿cómo podrá, al final, abandonarte?

JUDITH

Como si viese lo que describe.

¡Salimos de Betulia!... Sonreían
los niños, en los muros. Los ancianos,
tendiendo al cielo, en oración, las manos,
mi frente, silenciosos, bendecían.
Y entonces, al mirar enloquecido
mi pueblo, por el hambre y por la guerra,
¡capaz mi corazón hubiese sido
del mayor sacrificio de la tierra!
Mas al mirar borrarse con la tarde
la ciudad, flaquearon mis rodillas,
y una lágrima trémula y cobarde
surcó la palidez de mis mejillas.

Estremecida de horror.

Después... ¡de miedo el corazón estalla!...
El campo atravesamos, espantando
a los cuervos que estaban devorando
el sangriento festín de la batalla!...
¡Qué horror! Qué horror! Cadáveres, heri-
[dos

que agonizan de sed, carros volcados,
juramentos, blasfemias y gemidos,
y un galopar de potros desbocados...
Todo pasó en sangrienta pesadilla...
¡y la primera estrella fulgurante
que en un charco de sangre tiembla y brilla,
como en manto de púrpura un diamante!
Al rodar de los carros retumbaba
la cóncava montaña... Parecía
que la bóveda azul se desplomaba,
y la tierra de pánico se hundía...
¡Aquel olor a sangre!... Aún lo respiro
en mi ropa, en mis manos y en mi aliento...
¡Todo a mi alrededor, Hegla, lo miro
como a través de un velo muy sangriento!..
Me desmayé... ¿recuerdas?... la primera
patrulla nos detuvo...

HEGLA

En tal instante
enmudeció tu voz, y tu semblante
tomó una mustia palidez de cera...

JUDITH

A sus jefes mis joyas deslumbraron,

y quisieron los dos hacerme suya...
Las espadas, furiosos, desnudaron...
Mas llegó, por fortuna, otra patrulla.
Su capitán, valiente, se interpuso
entre los dos rivales, cuando fieros
iban a acometerse los aceros...
y conteniendo su furor, dispuso
que un soldado a esta tienda nos trajera,
atravesando el campamento, para
que Holofernes en ella me entregara
a aquel que su capricho decidiera...

Pequeña pausa.

Tendiendo los brazos al cielo.

¡Señor, dame valor!

HEGLA

Es tiempo. Huyamos...
Protegerá la noche nuestra huída...
Vamos, pronto, señora...

JUDITH

Dónde vamos,
si la espada nos cierra la salida?

HEGLA

¿Qué vas a hacer?

JUDITH

Recuperando su energía.

Desafiar la suerte,
y ser conmigo misma inexorable...
¡Por salvar esta vida miserable
mi pueblo voy a condenar a muerte!...
¡De los asirios nunca será esclavo!...

Alzando el puñal.

¿Ves el puñal que al aire se levanta?...
¡Al entrar Holofernes, se lo clavo
hasta la guarnición en la garganta!...

Esconde el puñal bajo el manto.

HEGLA

¡No temes que después la turba fiera,
ansiosa de vengar su sangre, vaya
a Betulia y no deje ni siquiera
una piedra segura en su muralla!...

ESCENA VI

DICHOS, ASUR, SHARAZER y CAPITANES.

CAPITÁN

Señalando a Judith.

¡Allí la tenéis!

SHARAZER

Idem.

¡Aquí la tenemos!

Sobre estos escudos vamos a jugar
la cautiva... Todos el juego veréis...
¡Aquí, capitanes, los dados están!

Tiende el escudo y sobre él
los dados y se dispone a jugar.

¡Juguemos!... ¡Juguemos!...

ASUR

Antes de jugarla,
tengo que advertiros que yo la apresé...

SHARAZER

Mi mano primero desgarró su túnica...
Dilo tú cautiva.

A Judith.



JUDITH

Señor, no lo sé...

SHARAZER

¡Que tú no lo sabes?... En la encrucijada,
¿quién te ha dado el alto? Vamos, dilo,
[¿quién?

ASUR

¿No fui yo, contesta?...

JUDITH

Señor, no recuerdo..

SHARAZER

Yo rasgué tu manto...

ASUR

Yo tu velo alcé...

SHARAZER

¿Tampoco recuerdas?

ASUR

¿Eres muda?

SHARAZER

Habla...

UN CAPITÁN VIEJO

¡Dejadla que hable! ¡Responde, mujer!

JUDITH

Tan sólo recuerdo que entre los soldados
que me detuvieron a los dos hallé...
¡Que los dos quisísteis desgarrar mi túnica!
Y a los dos, en vano, piedad supliqué.

CAPITANES

Interviniendo.

¡Jugadla! ¡Jugadla!...

SHARAZER

¡Que rueden los dados,
y aquel que le toque, se la lleve!

Se dispone a tirar los dados.

ASUR

¡Bien!
La partida acepto... ¡Nos la jugaremos!
¡Pero ya os he dicho que yo la apresé!...

SHARAZER

Levantándose.

¡Mientes!

ASUR

Cogiendo por un brazo a Judith.

¿Que yo miento?... ¡Pues ahora es mía!

SHARAZER

¡Por Baal te juro que mía ha de ser!

ASUR

Desnudando la espada.

¡Ven por ella! Anda... Mas mi acero empu-
y puedes, si avanzas, tropezar con él! ^{[ño,}

SHARAZER

Desnudando la espada y disponiéndose a acometerle. Los capitanes se interponen.

¡Puesto que lo quieres!... Con el mío ahora, la esclava y la vida te arrebataré!

CAPITANES

¿Qué hacéis?... Deteneós...

ASUR

Desafiante.

Llega..., si te atreves!

CAPITÁN VIEJO

¡Que dos hombres riñan por una mujer!

Van de nuevo a acometerse,
cuando aparece Holofernes.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, HOLOFERNES, VAGAO, COPERÓ y SOLDADOS.

Los combatientes permanecen
en un ángulo con Judith y los
capitanes.

HOLOFERNES

Entrando y fijándose en los
dados.

¡Fuera, tahures, donde yo no os vea!
¡Qué nobles ejemplos dáis a los soldados!...
Los escudos sirven para la pelea,
pero se deshonran jugando a los dados!

¡Así mis mandatos respeta el guerrero!...
 Para hacer al juego también los honores,
 sobre los escudos jugarme ahora quiero
 las torpes cabezas de los jugadores!

Todos permanecen inmóviles
 cerca del trono.

Decidme, ¿qué pasa? Aceros desnudos
 y en mi propia tienda!...
 Los dados tirados sobre los escudos...
 ¿Qué mala jugada movió la contienda?
 ¿Qué os pasa, guerreros? Decid, ¿qué te-
 [néis?
 Entre vuestras manos tiemblan las espa-
 das
 ¡Lo que habéis perdido al juego queréis
 ahora, capitanes, ganar a estocadas?
 Decidme ¿que os pasa? Hablad... ¿Estáis
 [mudos?
 Asur, ¿qué murmuras? Sharazer, ¿qué re-
 [zas?
 ¡Lo mismo que hago con vuestros escudos,
 haré, si me place, con vuestras cabezas!

Da un puntapié a los escudos
 y los arroja en mitad de la es-
 cena.

SHARAZER

Balbuciente.

Cuando al campamento, de la lid volvía,
a esta cortesana hice prisionera,
que era presa suya, Asur pretendía...

HOLOFERNES

¡Que dos hombres riñan por una ramera!

SHARAZER

Para evitar riñas todos convinimos
a la prisionera jugar a los dados...
A hacerlo negóse Asur... y reñimos.

HOLOFERNES

¡Que por una hembra riñan dos soldados!
¿Tan poco oro queda en vuestra escarcela?
¿Vendísteis las armas? ¿tan pobres estáis,
cuando por las joyas de una mujerzuela,
vuestra noble sangre verter intentáis?
¿Se rindió Betulia?... ¿Ya no hay enemigos?
¿Ya no quedan muros que asaltemos fieros
cuando así queréis en pechos amigos
probar la firmeza de vuestros aceros?
Si anhelan mujeres vuestras mocedades;
si el amor ardiente os quema en sus llamas,
mujeres tenéis en esas ciudades
donde aún no flotaron nuestros oriflamas.
¡Ganadlos con vuestras espadas gloriosas!
Mañana en Betulia las tendréis más bellas,
porque sus mujeres son las más hermosas
que danzan amores bajo las estrellas!
¡Betulia, sus ricos fragantes harenos,
a nuestros alfanjes abrirá mañana!...

ASUR

Adelantándose.

Señor, un instante que escucharnos tienes...
La cautiva es una joven betuliana!...
La apresó esta mano y me corresponde,
según nuestras viejas costumbres de gue-
[rra.

SHARAZER

Interrumpiéndole.

La presa fué mía...

HOLOFERNES

A Judith, que permanece in-
móvil, arrebujaada en su manto.

¡Cautiva, responde!
¿quién te ha aprisionado?

JUDITH

Temblando, aparte.

¡Su mirar me aterra!

HOLOFERNES

Acercándose a Judith, que
tiembla de espanto.

Vamos, habla pronto; dime ¿quién ha sido?

JUDITH

Temblando.

Los dos me apresaron...

ASUR

Sin poder contenerse.

Mas yo fuí el primero..

SHARAZER

Idem.

No; fuí yo...

HOLOFERNES

Imperiosamente.

¡Calláos!...

JUDITH

Cayendo de rodillas.

¡Compasión te pido,
señor, de rodillas!

Al arrodillarse se le cae el puñal.

HOLOFERNES

Reparando en el puñal.

Mas, ¿por qué ese acero,
cautiva, escondías bajo tu vestido?

JUDITH

Procurando disfrazar su turbación.

Señor, ese acero mi mano guardaba
para libertarme de mi negra suerte...

Volviéndose a los capitanes.

¡Nunca, capitanes, seré vuestra esclava,
porque, al cautiverio, prefiero la muerte!

HOLOFERNES

Contemplándola con admiración.

¡Bravo arranque! Alza, que mirar anhelo
si eres bella como eres arrogante!...

Judith se alza.

¡Si no lo levantas, rasgaré tu velo,
que estoy impaciente por ver tu semblan-
[te!

JUDITH

Tímidamente, alzando el velo

Puesto que lo ordenas, mi velo levanto...

Holofernes se queda extático
contemplándola.

HOLOFERNES

Acercándose más aún.

Eleva orgullosa tu altiva cabeza...
Despoja tu cuerpo del peso del manto...

Judith se despoja del manto
que cae a sus plantas, y apa-
rece en todo el esplendor de su
belleza.

¡Jamás vi belleza como tu belleza!...

Pequeña pausa. Aproximándose y tomándole una mano.

Por una mirada
de tus negros ojos,
por una sonrisa de tus labios rojos,
yo diese mi espada,
mi arnés, mis camellos y mis elefantes,
mi casco de guerra,
y todas las joyas, perlas y diamantes
que en sus camarines, Babilonia encierra!
Tu cautivo fuera
si me encadenases con tu cabellera,
en la cárcel rosa
de tus senos bellos...
¿En dónde se alzan tus altares, diosa,
que a mis propios hijos te inmolaré en ellos?

JUDITH

Con timidez.

¡No soy cortesana!...
Yo soy una pobre mujer betuliana

que huyó de Betulia. Buscando un seguro,
a tu noble tienda, señor, he venido...
Paloma asustada que regresa al nido,
y rama de hiedra que busca su muro...
¡Préstame tu amparo, calma mis afanes,
si no quieres verme ¡oh noble guerrero!
morir en las garras de los gavilanes
o aplastada bajo los pies del viajero!...
¡Mi señor, escucha...!

Insinuante.

De Betulia he huído... En ella no quedan
recursos, ni armas, ni brazos que puedan
los nobles aceros blandir en la lucha!
¡A Dios olvidaron mis torpes hermanos,
y Dios su castigo ha puesto en tus manos.
Ayer, combatiendo, cayó muerto Ozías;
su brazo el apoyo de Betulia era...
¡Sobre sus murallas, antes de tres días,
verás a los vientos flotar tu bandera!
¡Ahórrate la sangre de bravos guerreros,
que los betulianos, no son digna presa
de vuestros aceros!
¡En la guerra cesa:
al león, leones, pero no corderos!...
¡Que envaine la espada tu brazo bizarro!...
¿Para qué batirlos si antes de tres días,
entre aclamaciones, por sus amplias vías,
tronarán las áureas ruedas de tu carro?...

HOLOFERNES

Acercándose a ella.

¡Mis ojos bendigo,
porque te han mirado!...
¡Mujer de Betulia, te quedas conmigo!
Serás a mi lado
la flor más preciada,
la más noble ofrenda,
el botín más rico que guarde mi espada
bajo el rojo y áureo dosel de mi tienda!..

A Asur y a Sharazer.

¡Vosotros, guerreros,
que con los aceros
os la disputáis,
como los tesoros
de un regio y espléndido botín, dos ban-
si tan sólo ansiáis [didos,
las gemas, los oros,
que adornan y esmaltan sus nobles vesti-
[dos,
aquí los tenéis!... Ajorcas, diademas,

áureos brazaletes, collares de gemas...
 ¡De los dos es todo!... También repartíos,
 ¡oh, bravos soldados!
 la túnica egregia que con su bordados
 y sus atavíos,
 encubre el misterio
 de sus formas bellas, como dos rivales
 monarcas que parten, en trozos iguales,
 el manto de púrpura de un glorioso im-
 [perio.

Durante esta relación va des-
 pojando a Judith de todas sus
 joyas, y se las entrega, las de la
 derecha a Asur y las de la iz-
 quierda a Sharazer. Al final
 desgarrá la túnica y arroja sus
 pedazos a los dos guerreros, en-
 volviéndola en su propio manto.

La paz reine en todos ¡Cesó la querella!...
 Fué vano el estruendo de vuestra porfía...
 Las joyas son vuestras... La mujer es mía...
 ¡y ahora quien se atreva, que venga por
 [ella!

Toma en sus brazos a Judith
 y, recorriendo la cortina del
 fondo, se dispone a llevársela,
 mirando fieramente a los capi-
 tanes.

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

ACTO TERCERO

Repositorio de Holofernes. Al fondo una cortina de púrpura, franjeada de oro, que al descorrerse dejará ver la decoración del acto anterior, fastuosamente alhajada para un festín. A la izquierda, en primer término, una puerta, que da al campo. A la derecha otra puerta más pequeña, cubierta por un rico tapiz. Al lado de ésta un pilar de bronce; y cerca del pilar, cubierto por ricos cortinajes de púrpura, formando un pabellón cuadrangular el lecho de Holofernes. Una lámpara de plata, encendida, arde cerca del pilar, iluminando la escena. Arneses de guerra. Piel de tigres y leones por todas partes. Tapices con asuntos bárbaros de caza y guerra. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

HEGLA y MEGABIZES, conversando con recelo junto a la
puerta de la izquierda.

HEGLA

¿Vienes de la ciudad?

MEGABIZES

En este instante
acabo de llegar.

HEGLA

¿Qué te dijeron?

MEGABIZES

Nuestro plan les expuse, cuando todos, desesperados ya, faltos de alientos, a abrir las puertas al asirio estaban para rendirse a discreción, dispuestos. Dudaron de Judith.

HEGLA

¿Por qué?

MEGABIZES

Decían,

sus torpes brazos elevando al cielo,
que a traicionarlos iba, enamorada
de Holofernes... Su nombre maldijeron...

HEGLA

¡No saben que por ella, hace tres días
que el asirio detiene sus ejércitos
al pie de esas murallas!... Si quisiera
Judith, mi ama, traicionar su pueblo,
de la vieja ciudad no quedarían
ni aún frágiles cenizas en el viento.

MEGABIZES

Así dijo Aquior, y sus razones,
las iras de las turbas contuvieron...
y cinco mil valientes, emboscados
en las frondosas selvas de esos cerros,
nuestra señal esperan impacientes,
conteniendo en sus manos los aceros,
para caer, aullando como lobos,
y pasar a cuchillo el campamento.

HEGLA

¿Y las gentes de Oreb?

MEGABIZES

Ya prevenidas
 nuestra señal aguardan en silencio...
 Degollarán la guardia las patrullas;
 las tiendas quemarán, para que el fuego
 devore con sus llamas crepitantes
 lo que dejen con vida los aceros...
 Y cuando el sol alumbre esas montañas,
 tan sólo quedarán del campamento
 cenizas y cadáveres y humo...
 ¡no hay tiempo que perder!... ¡llegó el mo-
 [mento!
 En su tienda Holofernes esta noche,
 en unión de sus más nobles guerreros,
 celebra el mito de la primavera
 con un festín magnífico y espléndido...
 Y como de costumbre, de la orgía
 todos los capitanes saldrán ebrios.
 ¡Cuando rendidos en sus tiendas duerman

a todos sin piedad degollaremos!
Judith tendrá que decidir... Nosotros
su señal aguardamos ¡pero temo
que todo será inútil, por que falte
a su brazo vigor y fe a su pecho!
Confiar en mujeres es lo mismo
que entregar una nave sin gobierno
a las volubles olas de los mares
y a los vagos caprichos de los vientos.

HEGLA

Una antorcha encendida en esta puerta
será nuestra señal...

MEGABIZES

¡Ya lo veremos!...
A Oreb voy a avisar... y vigilante
junto a esa puerta, la señal espero!...

Se va por la izquierda.

Aparece por el foro Holofer-
nes con su séquito.

ESCENA II

HEGLA, HOLOFERNES, VAGAO Y GUARDIAS. Hegla se
detiene al verlo.

HOLOFERNES

A los coperos.

¡Que para la orgía todo esté dispuesto!
¡A mis capitanes voy a congregar!...
¡Los mejores vinos servid esta noche!...
¡Las copas más ricas al festín sacar!...
Y tu dueña, esclava, ¿en dónde se encuen-
[tra?

A Hegla.

HEGLA

Ha tiempo encerróse en su estancia a orar!

HOLOFERNES

¡Pues dile que venga... Cuando no la veo
parecen mis ojos que ciegos están!...
Yo voy un instante a dar una vuelta
por el campamento. Las arpas pulsad...
Escanciad los vinos. ¡Que empiece la fiesta,
que mañana vamos en Betulia a entrar!

Sale por la izquierda con el séquito. Vagao y los coperos desaparecen tras las cortinas del foro.

ESCENA III

JUDITH y HEGLA. Hegla golpea la puerta de Judith. Esta aparece en el umbral.

JUDITH

Impaciente.

¿Qué te dijo el soldado?

HEGLA

En voz baja.

Que tu pueblo

dispuesto está para asaltar el campo...
Nuestra señal esperan tus valientes
en los oscuros montes emboscados...

JUDITH

¡Dale, Señor, serenidad a mi alma,
y certeza y vigor al débil brazo,
para que caiga, como tronco herido,
a mis pies Holofernes!...

Tiembla y se apoya en el
pilar.

HEGLA

Acercándose.

¡Judith, ánimo!

Pequeña pausa.

JUDITH

Suspirando, abriéndose toda
a la voluptuosidad de la noche.

¡Yo no sé qué dulzura tiene el aire
esta noche!... Hace poco, cuando al campo,
de orar en esos bosques regresaba,
sentí un ansia de vida y un extraño
anhelo de beber en una ráfaga,
el salvaje perfume de esos prados,
todos llenos de flores, cual si fueran
de algún amor resucitado, el tálamo!

HEGLA

Con misterio.

Señora, es que esta noche resucita
Adoné, el Dios mancebo a cuyo paso
las ramas y las almas y los cuerpos,
floreced otra vez... El Dios sagrado
de los asirios, el amor... la vida...
según le llaman...

JUDITH

Como ebria.

Resonaba un vago
temblor de flautas, y a sus armonías
juntaba el ruiseñor sus dulces cánticos,
y los dos cantos juntos eran como
la música divina de los campos!
Me detuve al pasar. Miré mi rostro
en la fuente que surge entre los álamos,
y al ver pasar el agua que corría
entre las verdes ramas suspirando,
ansias sentí de desgarrar mi túnica,
y desnuda entregarme a los halagos
de la corriente, cual si fuese una
flor arrancada de su débil tallo...

Se queda inmóvil, palidísima

HEGLA

Con misterio.

Es la vida que torna... Es que no quiere
morir el corazón... (En voz baja.) ¿Amas acaso?

JUDITH

Espantada, como quien teme
que le descubran una llaga que
oculta orgullosamente.

¿A quién, Hegla?

HEGLA

En voz baja.

A Holofernes..

JUDITH

Palidece y le tapa la boca con
la mano.

¡Calla!... ¡calla!...

¿Tan vil me juzgas?... Si por un milagro
su recuerdo en mi pecho penetrase,
fuera capaz mi mano
aun de arrancar mi corazón del pecho
para luego a sus pies pisotearlo...
¡No hables de amor!... Esa palabra, Hegla,
es una maldición para mis labios...

En un arranque desesperado.

¿Ves mi brazo tan débil?... Esta noche
a mi ciudad libertará este brazo!

Un copero descorre la corti-
na y aparece en todo su esplendor el festín.

ESCENA IV

DICHAS, HOLOFERNES, CAPITANES y COPEROS.

HOLOFERNES

De pie, en la entrada del reposorio.

Regreso al momento...

VOCES

¡Bebamos!... Bebamos!...

HOLOFERNES

Desde la cortina.

¡Nobles capitanes, que empiece el festín!

VOCES

¡Con la primavera Andoné despierta
y toda la tierra parece un jardín!...

HOLOFERNES

Los coperos escancian vino.

Llenadme mi vaso de oro, que anhelo
brindar por Judith!...

Avanza hacia el centro con una copa de oro colmada de vino, en la mano. Judith, al ver a Holofernes, se estremece. Hegla permanece en un ángulo, envuelta en su manto.

HOLOFERNES

Presentando su vaso a Judith.

Mujer de Betulia, consume este vaso
que mi mano pródiga para ti escanció!...
¡El vino, la amante fiebre en que me abraso
en vez de apagarla, más viva encendió!
El vino es alegre festín de locura...

Hace a los ancianos rejuvenecer;
por eso el racimo, cuando al sol madura,
se hincha como un lúbrico seno de mujer!
De antiguas vendimias me evoca canta-
[res...

En mis mocedades fuí vendimiador,
y mis propias viñas pisé en mis lagares
danzando al sonoro batir del tambor.
La guerra me brinda vendimias mejores,
y al bañarme en sangre siento la embria-

[guez
que sienten, danzando, los vendimiadores,
cuando los racimos salpican sus pies!
Vinos como estos no vieron tus ojos...
Tan sólo tus vides dan otro mejor...
¡Aquel que en la copa de tus labios rojos,
hecho miel de besos, escancia el amor!

Se aproxima a Judith, la cual
retrocede, temblando.

Siempre estás temblando... ¿Qué temor te
 [aqueja?
 ¡Mujer de Betulia, a mis brazos ven!...
 ¡Apura mi vaso, pero en cambio, deja
 que el tuyo mis labios apuren también!

La intenta abrazar; ella lo es-
 quiva.

¡Judith, bebe y ama!... tus glorias son esas.
 ¿Por qué si te busco, de mí te retiras?
 ¿Si anhelo mirarte, por qué no me miras?
 ¿Si anhelo besarte, por qué no me besas?

JUDITH

Aproximándose humildemen-
 te.

Tiende la paloma su vuelo, asustada,
 si mira en los aires cernerse el halcón...
 ¿Cómo, señor, quieres que ante tu mirada
 no huyan las palomas de mi corazón?
 Manda cuanto gustes... Soy tu pobre sier-
 [va...

La rosa entre espinas muestra su altivez;
la violeta humilde se esconde en la hierba.
¡Mi amor es violeta, porque es timidez!
Tú, a tu lado tienes
rosas a millares para tus harenes,
y para tus labios besos máspreciados
que los que mis labios, te pudieran dar...
Tímida violeta que brota en los prados,
¿cómo tus sandalias voy a perfumar?
Yo seré, por siempre, tu esclava sumisa;
tras de tus miradas irá mi sonrisa
como un escudero tras de su señor.
Seguiré, sangrando, tus carros triunfales;
seré la cisterna de tus arenales
y de tus oasis seré el ruiñeñor.
Y cuando regreses de alguna contienda,
bajo el tembloroso lino de tu tienda,
limpiarán mis manos de polvo tu arnés.
Y para que nada perturbe tu sueño,
cual perro celoso que vela a su dueño,
en tanto que duermas, velaré a tus pies

Apura el vaso.

HOLOFERNES

Enloquecido.

Sigue, sigue hablandol... Flor de las mu-
[jeres,

dime lo que sueñas, dime lo que quieres,
 pues para halagarte
 aun más que le pidas mi amor ha de darte!
 Si anhelas riquezas, a tierras lejanas
 por oro y por mirras, por sedas y pieles
 irán mis bajeles,
 y los dromedarios de mis caravanas!
 Mis hordas, rugientes como tempestades,
 saquearán palacios, templos y ciudades,
 para regalarte, cual botín de guerra,
 diademas, anillos, ajorcas, collares,
 ¡todos los tesoros que oculta la tierra,
 y todas las perlas que esconden los mares!
 ¡Si anhelas honores,
 echaré a tus plantas para que los huelles,
 los mantos de todos los emperadores
 y los áureos cetros de todos los reyes!
 Y para alto ejemplo
 del amor que avaro para ti atesoro,
 sustentado sobre columnas de oro,
 te alzaré un palacio que parezca un tem-
 [plo,
 donde, mientras, ruda, mi mano degüe-
 [lla
 por ti la más pura y hermosa doncella,
 y flota el incienso y tañen laúdes,
 surjas fulgurante de gemas, ¡oh, hermosa!
 en tu altar de plata, igual que una diosa,
 ante el fanatismo de las multitudes!

JUDITH

Herida en lo más vivo de su
sentimiento.

¡Señor, no blasfemes!
Cállate... ¿no temes
que abras tus labios la ira del Señor?
Sólo Dios reparte premios y favores...
¿Qué son las riquezas, qué son los honores,
que como presentes me brinda tu amor,
ante lo infinito de la eternidad?...
Fuera de Dios... humo, ¡Todo vanidad!...
También Holofernes, mi Dios es guerrero.
La noche es su manto, el rayo es su acero,
y los huracanes sus corceles son...
Y cuando retumba su carro de guerra,
se estremece el cielo, retumba la tierra,
cual si a desplomarse fuera la Creación!

HOLOFERNES

En dioses no creo!
Los buscan mis ojos, pero no los veo...

Sólo he visto piedras talladas, con nombres antiguos y extraños, a quienes los hombres levantan altares y van a adorar...

Todo son creaciones de picapedreros...

¡Dioses verdaderos,
no han visto mis ojos en ningún altar!...

¿Habitan los montes o los mares?... ¿Dón-
[de,

bella betuliana, su poder se esconde?

Di dónde se ocultan, que yo iré a buscar-
[los,

no para adorarlos...

¡Jamás mis rodillas doblé en sus altares!...

¡puesto que ellos causa de tantos pesares
y miserias son,

iré en son de guerra

a que le devuelvan la paz a la tierra,

o a hundir mis aceros en su corazón!

JUDITH

Sin poder contenerse.

¡Cállate, sacrílego!... Pon una mordaza
de hierro a tu boca que al cielo amenaza...

¡Dios no hay más que uno! El Dios de Is-
[rael!

¡Dobla la rodillas y humíllate a él!...
¡Aparta, blasfemo!... ¡me causas horror!...
Si tu amor ardiente mi sangre inflamara,
con mis propios dientes mis venas rasgara
para que por ellas se fuese tu amor!

HOLOFERNES

Con tal que calientes mi tálamo helado,
con tal que tu boca su vino me de,
con tal que tus ojos contemple a mi lado,
a tu Dios, de hinojos, siempre adoraré...
Mañana en Betulia, al pie de su altar,
cuatrocientos bueyes ornados de flores,
y hasta mis doscientos guerreros mejores,
por mis propias manos verás inmolar!

Se oyen músicas y voces en el
salón.

¡Adiós, betuliana! me voy a la orgía...
¡Ya sabes, hermosa, que capaz sería

Descorre la cortina y aparece
el festín. Todos permanecen
inmóviles a la presencia de Ho-
lofernes.

por un beso tuyo, de adorar tu Dios!
Al pie de tus muros planté mis reales...
¡Oye mi mensaje!... Si dentro de dos
horas no me rindes honores triunfales,
pasaré a cuchillo la ciudad sitiada!...

Deja caer la cortina y des-
aparece.

JUDITH

¡Mi respuesta, ahora escucha, señor!...
¡Amor nunca, nunca, se rindió a la espada,
que amor solamente se rindió al amor!

ESCENA VI

JUDITH, HEGLA y VOCES.

JUDITH

Como si la abandonaran las
fuerzas.

¡Sostenme, Hegla!

HEGLA

Amparándola en sus brazos.

¿Qué tienes?... De repente
apagóse el fulgor de tu mirada,
y mortal palidez cubrió tu frente...
Éstas, Judith, tan pálida y helada,
cual si del fondo de una sepultura
te acabaras de alzar en este instante...
¡El sudario que envuelva tu hermosura,
menos blanco será que tu semblante,
y tu fúnebre losa menos fría
que estas manos!... ¿Por qué no te serenás?

JUDITH

¡Si me sangrasen, Hegla, de mis venas
ni una gota de sangre brotaría!

Tendiendo las manos al cielo.

¡Gracias, señor, que a respirar me atrevo!...
Exhalaba su voz, cuando me hablaba,
un acre y agrio olor a vino nuevo,
que el alma y los sentidos me embriagaba.
Y hay veces, que a su voz siento mi vida
encogerse medrosa de repente,
como un ave que tiembla sorprendida,
por la fascinación de la serpiente.

¡Olvidar un momento intento en vano,
sus negros ojos donde el alma asoma!
¡Tienen voracidades de milano.
y dulces timideces de paloma!
¡A veces, irritado, me parece,
un león que rugiendo hasta mí llega,
y de angustia mi carne se estremece
y un obscuro pavor mis ojos ciega!...
¡Gracias, gracias, Señor! Cuando el violento
zarpazo mi garganta amenazaba,
y sobre mi semblante jadeaba
la cálida lujuria de su aliento,
tú le diste a mi voz las seducciones
de aquellas viejas reinas fabulosas
que uncían a su carro los leones,
con cadenas de lirios y de rosas!

Resuenan músicas de arpas

HEGLA

El festín va a empezar. El arpa suena;
quizás puedan sus mágicos cantares
serenar tu inquietud, como serena
la blanca luna a los revueltos mares.

Judith, refugiada en los brazos
de Hegla, escucha, inmóvil, la música,
como si se fuese adormeciendo.

UNA VOZ

Dentro, acompañada del arpa

Es la primavera...
la tierra florece....
¡De amor se estremece
la creación entera!
Son lechos de aromas
los huertos cercanos,
y en las verdes lomas
fingen las palomas
arrullos humanos.
¡Manos sensuales,
al campo, a bañaros
de aromas carnales!
¡Bocas lujuriosas,
al campo, a besaros,
rosas entre rosas!
La tierra cubierta
de lirios en flor....
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, amor!

VOCES

Dentro, chocando las copas.

¡Adoné, despierta!
¡Resucita, amor!

JUDITH

Como quien despierta de un
sueño.

¿Esa voz de ensueños en ti no despierta
el dulce recuerdo de aquellos cantares
que, hilando, escuchamos junto a nuestra
[puerta,
romper el silencio de los olivares?
¿o aquellas canciones que al morir el día,
mientras que en la fuente que brota en la
[umbría,
nuestros rojos cántaros de agua se llenaban
con las negras sombras del monte bajaban
llenando la tarde de melancolía?

HEGLA

¿No será que acaso de nuevo, atrevido,
amor impaciente golpea tu puerta?

¡Lo creías muerto... y estaba dormido,
y ahora a los reclamos de esa voz despierta!

JUDITH

Estremecida, poniéndole las
manos en la boca.

¡Calla, calla, Hegla!...

HEGLA

¿Qué tienes, señora? ..
¡Si el amor te ha herido,
en mis brazos llora!...

La abraza. Judith solloza en
silencio.

ESCENA VII

DICHOS y MEGABIZES.

MEGABIZES

Entrando sigilosamente por
la puerta de la tienda de Judith.
Las dos mujeres se estremecen.

¡Judith, ya no hay tiempo que perder! Su
[gente
para el triunfo tiene ya Oreb preparada!...
¡Antes que florezca la aurora en Oriente
tendrá que rendirse la ciudad sitiada,
o el fiero caudillo
a sus moradores pasará a cuchillo!...

Tu pueblo murmura:
la gente asegura
que tú a los asirios Betulia has vendido...
Maldicen tu nombre...

JUDITH

Espantada.

¡Cállate!

MEGABIZES

Yo he oído
pedir tu cabeza al pueblo irritado...
Dicen que a Holofernes amas en secreto,
y por él nos vendes!...

JUDITH

Con resolución.

¡Cállate, soldado,
que yo te prometo,
que antes que en las cumbres florezca la
[aurora,
estará mi pueblo por Judith salvado,
o le habrá llegado
a Judith su hora!...
¡Cerca de esta tienda mi señal espera!...
y libres, mañana, aquí beberemos,
que también nosotros celebrar debemos
la alegre llegada de la primavera!...

MEGABIZES

Ocultos en esas montañas, confían
su vida a tu brazo... Su esperanza eres...

Al salir, mirando desdeñosamente a Judith.

¡Malditos los pueblos cobardes que fían
su vida en volubles manos de mujeres!

Judith permanece un instante inmóvil, como luchando consigo misma.

ESCENA VIII

TODOS, menos MEGABIZES

HEGLA

Ya llegó el instante. Señora, ¿qué hacemos?

JUDITH

Tomando una resolución y
tendiendo su mirada suplicante
al cielo.

¡Pedir a Dios fuerzas!... Oremos...

HEGLA

Oremos...

Caen de rodillas.

LA VOZ

Al son del arpa.

Judith, al escuchar la canción, se estremece, como si la oyese sonar en su propia carne.

Es hora de amar...
Los valles son lechos...
Se hinchan como pechos
las olas del mar.
Sobre las fragantes
floridas praderas
extender, amantes,
vuestras palpitantes
pieles de panteras,
y entre los divinos
ramajes espesos,

como de áureos vinos,
embriagáos de besos!
La tierra cubierta
de lirios en flor...
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, amor!

VOCES

Chocando las copas.

¡Adoné, despierta!
¡Resucita, amor!

JUDITH

Haciendo un esfuerzo terrible para recuperar su fervor. La voz tiembla y todo su cuerpo se agita convulsivamente.

La hora se aproxima...
¿Dejaréis, Señor,
que tu pueblo gima

bajo los cadenas del conquistador?
y que sus guerreros sobre tu ciudad
caigan con la furia de una tempestad!...
Y con sus espadas
tus hijos degüellen,
y con sus ferradas
sandalias profanen, ultrajen y huellen
la tierra bendita, las tumbas sagradas
en donde reposan los huesos gloriosos
de aquellos varones, de aquellos monar-
[cas
de ojos de gacelas y hombros de colosos,
que fueron danzando detrás de tus arcas,
fuertes y robustos cual cedros añosos
y graves y sobrios como patriarcas?...
¡Señor, no consientas
que manos sangrientas
lleguen tu recinto sagrado a manchar,
que a tus servidores leales acuchillen,
y en tu mismo templo tus hijas manci-
[llen
haciendo sacrílegos lechos de tu altar!

HEGLA

¡Que sobre su frente desolada brillen,
prestándole amparo, tus manos, Señor!...

JUDITH

Desesperadamente.

¡Da a mi alma aliento y al brazo vigor!

UNA VOZ

Al son del arpa.

La oración muere en los labios de Judith. Cierra los ojos y toda su carne se estremece, como si en ella clavasen su aguijón todas las cantáridas del deseo.

¡Amor, ya no dudo!
He ungido de nardo
mi cuerpo desnudo....
y trémula aguardo
tu llegada, amor,
para que tus brazos
desaten los lazos
de mi ceñidor!

Viajero que pasa,
si fiebre de amores
tus venas abrasa,
mi lecho es de flores....
Empuja mi puerta
y aspira su olor...
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, amor!

VOCES

Chocando.

¡Adoné, despierta!
¡Resucita, amor!

JUDITH

Tapándose los oídos con las
manos. Su voz es un desfalle-
cimiento.

¡Esos melodiosos cantos me embriagan.
A sus alaridos

de amor, Señor, presto, cierra mis oídos,
antes que me hagan
cerrar las pupilas y desfallecer!...
¡Mi alma es una alondra que a ti tiende el
y mi carne en celo [vuelo,
es como una fiera que aulla de placer!...
¡Señor, a tu sierva préstale tu ayuda;
con tu omnipotencia su miseria escuda;
da a mi alma alientos y al brazo vigor!...
¡Haz que ante el peligro vencida no ceda,
para que animosa con sus manos pueda
tus santos designios realizar, Señor!

HEGLA

Sus fuerzas flaquean... ¡Sus fuerzas sostén!

JUDITH

¡Señor, dame alientos!... ¡En mi auxilio
[ven!

UNA VOZ

Mi rosa, ya abierta,
te brinda su olor...
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, amor!

VOCES

¡Adoné, despierta!
¡Resucita, amor!

JUDITH

Desesperadamente.

¡Señor, no me dejes!... Si tus justas iras
con sus impiedades mi pueblo encendió,
si no bastan rezos, ayunos ni piras,
si tu sed de sangre aun no se sació,
aquí está mi cuello desnudo que espera

que el hacha le corte o el puñal le hiera...
¡Te doy de mi sangre la más pura flor!...
¡Este sacrificio acepta, señor!...
¡A tu eterna y sabia justicia me acojo!
Y si tú lo quieres, de tu altar al pie,
por salvar mi pueblo, por templar tu enojo,
con mis propias manos me degollaré!

ESCENA IX

DICHOS, HOLOFERNES y COPEROS.

HOLOFERNES

Aparece, descorriéndolo la cortina. El festín está en su apogeo. Todos beben, ríen y vociferan.

¿Que apuré diez jarros?... Pues bien, todavía me bebo otros tantos!... ¡Más vino escanciad!...

Al copero.

VOCES

A los coperos. Los coperos
llenan de nuevo de vino.

¡Más vino, copero!

HOLOFERNES

Entrando beodo, sostenido
por Asur.

¡Se acabó la orgía!...

Deja caer la cortina.

Al instante, esa sala despejad!

A Asur y al copero, después
de beber.

¿Mis piernas flaquean? ¿Que no es firme
[el paso?
¿Que no puedo, imbécil, mi cuerpo tener?...
¡Dejadme... marchaos!... O igual que este
[vaso,
vuestra sangre inmunda me voy a beber!

Salen el copero y Asur. Ho-
lofernes, tambaleándose, dice
a Judith:

Mujer de Betulia, ¿adónde te has ido?

JUDITH

Mirando al cielo.

¡Mi brazo y mi vida protege, Señor!

HOLOFERNES

Aproximándose, a tropezones.

¿Por qué a nuestro alegre festín no has ve-
[nido?

VOCES

Saliendo del salón.

¡Adoné, despierta! ¡Resucita, amor!

ESCENA X

DICHOS, menos CAPITANES.

JUDITH

Aproximándose, tenuemente.

Aquí está tu sierva...

HOLOFERNES

Sujetándola por las muñecas

Más cerca... a mi lado!...
 Acerca a mi boca tu boca, mujer!
 Del festín el vino mi sed no ha saciado,
 y quiero en tus labios de nuevo beber!...
 Mañana, cubierta de ricos joyeles,
 te verá Betulia sus calles cruzar!...

La suelta, da un traspies y se
 sujeta del pilar.

¿Ves mi mano? Es fuerte... Puede seis cor-
 [celes,
 sujeta a la rueda de un carro, parar!
 A más de diez osos asfixié en mi pecho;
 crujir en mis brazos sus huesos sentí...
 Mujer de Betulia, si tu talle estrecho,
 si mi amor te oprime, ¿qué va a ser de ti?

Suelta una carcajada y se
 sienta en el lecho.

¡Me caigo de sueño!... Esclava, suspende
 mi alfanje y mi casco de aquese pilar...
 De mi pecho el peso del arnés desprende,
 y conmigo al lecho ven a descansar!...

Judith le quita el alfanje y el
 casco y los cuelga del pilar. Ho-
 lofernes se desploma en el lecho.

JUDITH

Aparte, mientras cuelga el
arma.

¡Señor, ya no puedo tenerme de pie!...

HOLOFERNES

Descorriendo la cortina ma-
quinalmente.

Tengo sed... me abraso... ¡Judith, bésame!

Como delirando, entre sueños.

La tierra se incendia... Me envuelven las
[llamas...
Todo danza y gira a mi alrededor...
Mujer de Betulia, ¿por qué no me amas?

¡Adoné, despierta!... ¡Resucita, amor!...
¡Amor!...

La voz se va extinguiendo.
Un pequeño silencio. Judith
descorre la cortina y espía.

HEGLA

¿Se ha dormido?...

JUDITH

Inclinada y en voz baja.

Jadea su pecho,

Su voz tiembla. Parece que
va a romperse.

y su larga barba tiembla al respirar...
Un brazo velludo desciende del lecho...

Se ve entre sus labios los dientes brillar...
Entreabre los párpados y clava un instan-
sus turbias pupilas feroces en mí... [te
¡La atracción que tienen para el caminante
los negros abismos, al verlos, sentí!
De nuevo en la sombra se hundió su mira-
[da...

Sus labios parece que intentan hablar...
¡Son como una herida, como una granada
que quiere, sangrienta, su miel destilar!

Suena un silbato. Judith se
estremece y se separa del le-
cho.

HEGLA

¿Oyes? El soldado tu señal espera...
¡Que tu firme brazo proteja el Señor!...

JUDITH

Volviendo a inclinarse. Des-
pués, como arrojando una idea.

¡Sonríe!... ¡No es posible!... ¡No!...

Con firmeza.
Avanza resueltamente hacia
el pilar.

¡Señor, que muera!

Descuelga el arma y al desnudarla se le cae al suelo. Se queda suspensa.

HEGLA

Estremeciéndose.

¿Qué es eso?

JUDITH

Cayóse la espada...

Se la ve temblar al inclinarse
a recoger el arma.

HEGLA

¡Valor!

JUDITH

¡Señor, dadme fuerzas!...

Avanza con la espada desnuda, pero al ir a descorrer la cortina se detiene, aterrorizada.

¡Ahora, no!... ¡No puedo!...

Retrocede. De nuevo avanza. Hegla la sigue con la antorcha en la mano.

Retira la antorcha... ¡No lo quiero ver!
¡Mirar su semblante me causa tal miedo,
que muerta en su lecho me voy a caer!...

HOLOFERNES

Soñando. Judith da un grito, retrocede y queda pegada al pilar.

¡Judith!...

JUDITH

¿Has oído?... Me llama... Des-
[pierta...
¡Si abriera los ojos, no me atrevería!...

Pequeña pausa. Se oye un golpe en la puerta de Judith.

¿Qué pasa?...

Aterrada, deteniéndose.

HEGLA

Llamaron de nuevo a la puerta.

Descorre la cortina y se asoma a la puerta.

Judith, ya es la hora... ¡Va a nacer el día!

Vuelve a entrar y se aproxima a Judith.

HOLOFERNES

Sõñando.

¡Judith!...

JUDITH

Avanzando con terror.

¿Has oído? De nuevo me llama...

HEGLA

Suena otro silbato.

Es la señal... ¡Animo!...

JUDITH

Judith descorre la cortina, va a alzar la espada y en esto la lámpara parpadea un instante.

¡Hegla!... ¿Qué pasó?

HEGLA

Mirando.

Una mariposa rondaba la llama,
y, al final, en ella sus alas quemó!...

JUDITH

Haciendo un esfuerzo terrible, descorre la cortina y alza el arma con los dos brazos.

¡Protege mi brazo, Señor de Israel!
para que liberte tu pueblo con él!...

Deja caer el alfanje. Suena un grito. Judith corre la cortina y aparece toda cubierta de sangre, con el arma en la mano, pálida, desencajada, con el terror impreso en el rostro.

¡Señor, ya está hecho!...

HEGLA

Acudiendo a socorrerla.

Toda estás bañada
de sangre... ¿Qué tienes?

JUDITH

Como delirando.

De un tajo, mi espada
su altiva y robusta cabeza segó,
y al saltar al suelo, con su sangre hirviente,
mis ropas, mis manos, mi boca y mi frente
de chispas de rojo fuego salpicó!
Hasta en mis entrañas la siento caer
para devorarme... Como si estuviera

envuelta en las llamas de una inmensa ho-
[guera,
¡me siento en el fuego de su sangre arder!...

Se retuerce desesperadamente
y arroja la espada.

¡La señal!... ¡La antorcha!

A Hegla. Esta empuña la antorcha, abre la puerta y sale gritando. Pequeña pausa. Judith se acerca al lecho, descubre la cortina, vacila, se inclina, se arrodilla y hace ademán de recoger algo en su falda.

ESCENA XI

JUDITH

Sangrientos despojos
que inmolé a la cólera ciega del Señor;
sanguinantes labios, inmóviles ojos,
también os conjuro, llorando, de hinojos:
—¡Adoné, despierta! ¡Resucita, amor!

Descubre la cabeza.

¡Qué espanto, Dios mío!... ¡Oh, boca las-
[civa
que aún, para besarme, te miro entreabier-
[ta,

el beso que nunca te quise dar viva,
ahora, pobre boca, te lo daré muerta!...

Se inclina y la besa. Permanece un instante con ella en los labios.

ESCENA XII

DICHA, ASUR y MEGABIZES

Se oyen gritos y voces que se van acercando.

ASUR

Entrando por el cortinaje del
foro, con la espada en la mano.
(El salón aparece obscuro.)

¡Pronto, señor, sálvate! Huye en tu corcel,

porque el enemigo nos pasa a cuchillo!..

Algunos soldados invaden la escena. Judith permanece de bruces sobre el lecho.

MEGABIZES

Entrando por la puerta de Judith, con la espada desnuda.

¡Victoria!...

ASUR

Deteniéndose al ir a aproximarse al lecho de Holofernes.

¿Qué pasa?

MEGABIZES

Acometiéndole.

¡Murió tu caudillo,
y tú, ahora, en su tienda, morirás con él!..

Cae muerto Asur al fondo.

VOCES

¡Viva Judith! ¡Viva!... ¡Victoria a Israell

Los soldados israelitas invaden la escena con estrépito.

ESCENA XIII

DICHOS, HEGLA y PUEBLO

EL PUEBLO

Dirigiéndose al lecho de Ho-
lofernes.

¡Aquí está el cadáver!... Sus restos quemem-
[mos
en mitad del campo, y luego echaremos
su ceniza al aire... ¡Clavad su cabeza
sobre una alta pica!... ¡Su cuerpo arrastrad

Judith se alza desfigurada,
terrible y vengativa, recoge el
arma y se interpone.

JUDITH

Atrás, miserables, que ante su fiereza,
de miedo, hace poco, no osábais hablar!...
¡Aquel que sus restos se atreva a tocar,
caerá a mis plantas como él ha caído!...

La multitud se detiene, atemorizada.

¡Atrás todo el mundo!...

Al esfuerzo parece que va a desplomarse.

HEGLA

Corriendo a ampararla.

¿Qué tienes?

Un resplandor de incendio ilumina la escena.



JUDITH

Tendiendo los brazos al cielo.

¡Señor!
¡Tus santos mandatos mi mano ha cum-
[plido!
¡Por salvar tu pueblo, dió muerte a mi
[amor!

Cae desvanecida en los brazos
de Hegla.

TELÓN

OBRAS DE VILLAESPESA

POESÍA

Intimidaciones.	El jardín de las Quimeras.
Flores de almendro.	Las horas que pasan.
Luchas.	Saudades.
Confidencias.	In memoriam.
La copa del Rey de Thule.	Bajo la lluvia.
El alto de los bohemios.	Torre de marfil.
Rapsodias.	Andalucía.
Las canciones del camino.	Los remansos del crepúsculo.
Tristiae Rerum.	El espejo encantado.
Carmen.	Collares rotos.
El Patio de los Arrayanes.	Los panales de oro.
Viaje sentimental.	El balcón de Verona.
El mirador de Lindaraxa.	Jardines de plata.
Palabras antiguas.	El libro de los sonetos.
El libro de Job.	Lámparas votivas.

PROSA

El milagro de las rosas.	Vida y Arte:
El último Abderramán.	I Julio Herrera Reissig.
La venganza de Aischa.	Las granadas de rubíes.
Zarza florida.	Fiesta de Poesía.
Breviario de amor.	Las garras de la pantera.
	Las joyas de Margarita.

TEATRO

- El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).
- Doña María de Padilla (drama histórico en cuatro actos y en verso).
- El Rey Galaor (tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro).
- Ensueño de una noche de Invierno (poema lírico en tres cuadros y en verso, música de Ramón M. Montilla).
- Un nocturno de Chopín (comedia romántica en un acto y en prosa).
- El ídolo roto (comedia en un acto y en prosa).
- ¡Era El! (poema en un acto y en verso).
- Judith (tragedia bíblica en tres actos y en verso).
- Aben-Humeya (tragedia morisca en cuatro actos y en verso).
- El Halconero (leyenda trágica en tres actos y en verso).
- La Maja de Goya (drama en tres actos y en verso).

TRADUCCIONES

- La Gioconda (de Gabriel D'Annunzio).
- La Cena de los Cardenales (de Julio Dantas).
- Don Beltrán de Figueroa (de Julio Dantas).
- Rosas de todo el año (de Julio Dantas).
- Dolor Supremo (de Marcelino Mezquita).

OBRAS PUBLICADAS

FELIPE SASSONE

Pesetas.

La Espuma de Afrodita (Novela)..	3,50
La Princesa está triste... (Dramas y comedias).....	3,50
El miedo de los felices (Dramas y comedias).....	3 50
El intérprete de Hamlet (Dramas y comedias).....	3,50
La canción del bohemio (Poesías).	3,50

ENRIQUE DE ALVEAR

De Sociedad (Comedias rápidas)..	3,00
---	------

OBRAS EN PRENSA

FRANCISCO VILLAESPESA

Pesetas.

Paz (Poesías).....	3,50
A la sombra de los cipreses (Poesías).....	3,50
Prosas	
Andalucía (Poesías).....	1,50

FELIPE SASSONE

Los ausentes (Dramas y comedias).	3,50
--	------

MANUEL A. BEDOYA

Pesetas.

La feria de los venenos (Novela).. 3,00

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

Mis viajes por Europa (Dos volúmenes.) Uno..... 1,50
Confesiones de artistas (Dos volúmenes.) Uno..... 1,50
Novelas 1,50

«EL CABALLERO AUDAZ»

Lo que sé por mí (Interviús con celebridades contemporáneas). (3.^a serie)..... 3,50
Lo que sé por mí (4.^a serie)..... 3,50
Lo que sé por mí (5.^a serie)..... 3,50

IMPRESA, LITOGRAFIA Y ENCUADERNACION

V. H. DE SANZ CALLEJA

CASA CENTRAL: MONTERA, 31

TALLERES: RONDA DE ATOCHA, 23

TELÉFONO 1.788.—MADRID

2.205
1. cal.

- Andalusie
- Almerie
- Lit. exp. s. XX
- Obra central



VHSC

BIBLIOTECA
POPULAR
SANZ CALLEJA

Volumen 1 peseta

- Eva inmortal.
R. San Martín.
- La hora del amor.
Carmen de Burgos.
(Colombine).
- Gente bien.
(Teatro rápido)
Enrique Alvear.
-

COLECCIÓN
SANZ CALLEJA

Pesetas 1,50 tomo

- La Voz de la Conseja.
(II y III tomo).
- Vida y Arte.—(Prosas).
Francisco Villaespesa.
-

BIBLIOTECA
ECONÓMICA
SANZ CALLEJA

Volumen 2 pesetas

- La feria de los venenos.
M. A. Bedoya.
- Los bebedores de agua.
H. Mürger.
-

V. H. SANZ CALLEJA
Editores e impresores

CASA CENTRAL: MONTERA, 31
TALLERES: RONDA DE ATOCHA, 23
MADRID



:: :: COLECCION :: ::
:: SANZ CALLEJA ::

La Colección Sanz Calleja se propone, como otras similares extranjeras que la han precedido, poner al alcance de todos en un formato sólida y elegantemente encuadernado en tela e impreso e ilustrado con todo esmero, las obras maestras de la literatura contemporánea española, inéditas unas, y conocidas otras pero de difícil adquisición por sus elevados precios, alternando con esmeradas traducciones de los mejores autores extranjeros.

Los volúmenes respectivos, encuadernados en forma conveniente para biblioteca, en tela, con portada y cubierta artísticamente ilustrada, pueden ponerse en las manos de todos los lectores de uno y otro sexo sin cuidado alguno.

Han aparecido:

- N.º 1. LA VOZ DE LA CONSEJA.—(Selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos).—Firmas del volumen 1.º: Galdós, Benavente, Unamuno, Condesa de Pardo Bazán, Baroja, Dicenta, Ricardo de León, Rubén Darío, Répide, Nogales, Palacio Valdés, Arturo Reyes y Pedro Mata.
Emilio Carrère.
- N.º 2. JUDITH.—(Tragedia en tres actos). F.º Villaespesa.
- » 3. CONFESIONES DE ARTISTAS. Vol. 1.º Carmen de Burgos.
(Colombine).
- » 4. » » 2.º Idem.
- » 5. ANDALUCÍA.—(Poesías y cantares). F.º Villaespesa.
- » 6. MIS VIAJES POR EUROPA. Vol. 1.º Carmen de Burgos.
(Colombine).
- » 7. » » 2.º Idem.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA Y AMERICA

V. H. SANZ CALLEJA

EDITORES E IMPRESORES

CASA CENTRAL: MONTERA, 31

TALLERES: RONDA DE ATOCHA, 23

MADRID

PROPIEDAD
LITERARIA

1674